

JUAN-AGUSTIN PALAZUELOS

Según el orden del tiempo



-ZAG

SEGUN EL ORDEN DEL TIEMPO

por Juan-Agustín Palazuelos

Juan-Agustín Palazuelos nació en Santiago el año 1936. Estudió Derecho en la Universidad de Chile y en 1956 obtuvo una beca en Estados Unidos. Posteriormente estudió Filosofía y Lenguas Clásicas, llegando a ser ayudante de griego. Poligloto, ha podido conocer en su fuente original a los clásicos griegos y latinos, así como a los grandes autores occidentales contemporáneos.

SEGÚN EL ORDEN DEL TIEMPO es el primer libro de este joven escritor, que hasta ahora sólo publicó algunos cuentos en diarios y revistas chilenos. Se trata de una novela en la cual se revalida el mito de Teseo. Un adolescente penetra al Laberinto constituido por nuestra civilización. Dos guerras mundiales y la amenaza de una tercera representan al Minotauro de Creta. Ayudado por una muchacha, aquél logra salir con vida de su aventura —en la novela el viaje al Laberinto se realiza en la forma de una travesía hacia los últimos estratos de la conciencia del protagonista—, pero sin haber dado muerte al Monstruo. Por el contrario, el Minotauro se ha reproducido y sus crías pueblan cada uno de los recovecos de este contemporáneo Laberinto. Tal como el Teseo del mito griego, el joven abandona a su Ariadna y es precisamente en este acto electivo subconsciente que basa su salvación. El sentimiento de su fe perdida deja paso a la certidumbre de lo que queda por encontrar.

SEGUN EL ORDEN DEL TIEMPO, narrada en primera persona, sin hilo argumental propiamente, es una novela de corte moderno, donde la acción exterior está supeditada a la acción interna y en cuyo dramático desarrollo palpita constantemente la ironía, que constituye uno de sus más atractivos aspectos.

Dentro de su política editorial, amplia y renovadora, la Empresa Zig-Zag contribuye a la revelación de un nuevo novelista chileno.

Empresa Editora Zig-Zag. S. A.



S No 3146

SEGUN EL ORDEN
DEL TIEMPO

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

© Empresa Editora
Zig-Zag, S. A. 1962.
Derechos reservados
para todos los países.
Inscripción N.º 25642.
Santiago de Chile.
1962.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

JUAN-AGUSTIN PALAZUELOS

SEGUN EL ORDEN
DEL TIEMPO



Z I G — Z A G

Portada de NEMESIO ANTÚNEZ

A Selva
y a Andreita.

ἐξ ὧν δὲ ἡ γένεσις ἔσται τοῖς οὖσι καὶ τὴν φύσιν εἰς ταῦτα γίνεσθαι
κατὰ τὸ χρεῶν δίδωμι γὰρ αὐτὰ δίχην καὶ τίσιν ἀλλήλοις τῆς
ἀδικίας κατὰ τὴν τοῦ χρόνου τάξιν

Ἀναξίμανδρος

De donde viene a los seres su generación, en ello mismo se realiza también su disolución de manera necesaria, pues ellos pagan su expiación y pena de injusticias recíprocamente, según el orden del tiempo.

ANAXIMANDRO.

(Único fragmento suyo conocido.)

TARDE ROJA. De primavera. Pero no es primavera.

Es verano.

No tendría ninguna importancia la estación si no hiciese tanto calor. Rojo eléctrico; bello pero demasiado brillante. Como todo lo que es bello para todos. Desaparece el contraste. Pura evidencia.

Debería salir a la calle. Sin embargo, permaneceré donde estoy. Debo hacer algo con mi tiempo. Así, encerrado dentro de mí, hace que me sienta como una jaula, estrellándose incesantemente contra todo mi organismo. Es demasiado torpe para huir solo. Debo abrir yo mismo la puerta de la prisión. He perdido la llave.

El rojo del cielo deja paso al azul diluido.

La bóveda parece una inmensa tela desteñida en sus bordes. La carpa de un circo miserable. Tengo prisionero al tiempo y estoy

prisionero del tiempo. Como una fiera. Es ridículo, somos carceleros y reos.

Por una hendidura de la carpa logro ver uno de los infinitos ojos de la noche. Pestañea. Es necesario huir hacia la noche.

Yo ya he vivido este momento. Hace algunos años. Hay que recurrir al diario de vida. Aquí está el trozo que busco:

“Estoy en uno de los cuartos del oeste. He venido a contemplar el atardecer. Desde aquí he visto los crepúsculos más hermosos. Contra la tarde (porque la tarde es donde se esconde el sol) se recorta un campanario que tiene la belleza de lo simple. Su religiosidad se exterioriza en su proyección ascendente. En primavera, los atardeceres son rojos como el cobre pulimentado. Con un brillo ubicuo, y hacia donde uno mire, parece que el color primario, traspasando murallas y venciendo sombras, ilumina los más apartados rincones. Siento en mi corazón ese color. Es como un símbolo sangriento de adiós al día, que atravesando los tejidos e introduciéndose a través de mi piel marca, en el arco iris que se forma en el prisma de mi sangre, la zona de mi sensibilidad... La brasa del cigarrillo se torna amarillenta, como avergonzada de su rojo descolorido. He venido a pensar en mi pena y en mi alegría, olvidando mi dolor.”

Después de leer he tenido el impulso de exclamar: "¡Cómo pasa el tiempo!" Pero eso es falso. El tiempo no pasa. Se queda. Con lo bueno y lo malo. El tiempo está siempre.

La carpa me muestra ahora sus mil roturas. Quizás por ser tantas sea más difícil arrojarla a la noche. Es como la rejilla metálica. O el vidrio que detiene a la mosca: se cree que se puede, pero es inútil.

Hubo una vez en que estuve a punto de escapar. Hace bastante tiempo de ello. Y no sabía exactamente lo que estaba ocurriendo.

Fue en casa de Hexe.

Sentado frente al *Fauno Flautista*, de Picaso. Está colgado sobre el piano. Junto a él, la mascarilla mortuoria de Beethoven. El grabado: un fauno tocando su aulo. Es tal su posición que le permite tocar su instrumento en el oído mismo de Beethoven. Actitud insistente. Basta mirar sus ojillos —dos simples trazos— para notar su concupiscencia. Boceto de líneas simples, flexibles. Y los dedos largos y afilados se posan negligentemente en los orificios de la flauta. La figura entera está llena de sonoridad. ¡Ah, y la mascarilla! Sus planos están resaltados por los efectos de la luz. Destacando su blancura y serenidad. La imagen de la muerte está infinitamente lejos.

Hay una curiosa atmósfera en la habitación.

Todo está convertido en música. Hexe es un verdadero diapasón. Vibra con cada nota. Parece ignorar que hace un dúo con el fauno. Hexe. Posee la inaudita cualidad de volverse idiota en el momento que lo desee. Mi mejor amiga. Por el hecho de verla poco, supongo. Pero, como le temo a la soledad, he venido a estar con ella. Desde mi niñez que no estoy tan solo. Mirando a Beethoven, recuerdo a la negrilla de terracota de mi estudio.

Hexe sabe que he venido a contarle algo. Está segura de que es importante. Por eso toca el piano.

* * *

Es un recuerdo vivo, pero no he podido dejar de levantarme para tomar con mis manos a la negrilla. Está sobre uno de los anaqueles abarrotados de libros.

Ya es noche. Noche enferma; su respiración no trae ningún aroma. Me había acostumbrado a la obscuridad hasta el punto de no saber que estaba oscuro. Basta que lo haya notado para que mis ojos dejaran de ver.

Ampolleta encendida.

La negrita de terracota llena de polvo. Mientras soplo su cara, descubro que ha envejecido

un poco. Se ve más mujer. Los objetos tienen otro color. Es la luz artificial.

Me he vuelto a sentar y tengo a la negra ante mi vista. Es una negra blancoide. Moño alto y cabeza afeitada. Orejas grandes. Párpados gruesos. Labios salientes pero no abultados. Mejillas gordas y nariz respingada. Tiene los ojos cerrados y los labios se estiran buscando un beso. O huyendo de uno. Es una negra hermosa. Su cuello es típicamente femenino. Allí reside la diferenciación con otras negras. No tiene edad. Hay gente que no tiene edad. Cosas que no tienen edad. El secreto del tiempo. La negra de terracota debe saberlo.

Ha sonado el timbre de calle.

Tengo la impresión de que es por mí. No estoy. Grito que no estoy. No me han creído. Tengo visita. Hay que volver a colocar a los seres inanimados en sus lugares de costumbre. Son muy tímidos los objetos. Se lo digo al intruso que ha venido a verme. Ríe porque no entiende nada.

—¿Estudiando? —me pregunta, tal como podría haber dicho: “¿Comiendo?”

—No, estoy jugando.

Supongo que no me ha creído porque toma mi diario de vida y lo vuelve a dejar. Sonríe. Cree que es cómplice de cualquier cosa. Si no sonrío me va a seguir preguntando. Lo miro y

sonrío con aire de complicidad. Está feliz. Se siente inteligente. Fuma. Quiere hablar conmigo y yo no quiero hablar con nadie. Estoy haciendo un viaje larguísimo. No puedo conversar. Dejaría de ver el paisaje.

—Estoy solo. O tratando de estarlo. ¿Podrías irte?

Desconcierto. Se va a ir. Le hablo de la necesidad de colocar luz de neón en las habitaciones. Es mejor que esta luz amarillenta. O retornar a la vela. Esto me lo guardo para no dar motivo a discusiones. Le prometo llamarlo más tarde o mañana. Hay que tener cuidado; podría volver aunque está indignado. Acompañarlo hasta la puerta de calle. La mitad de su cara está en sombras. Se ve divertida así.

—¿Cómo estás? —me pregunta por si acaso.

—Muy mal, pésimo. Gracias —le digo.

Se ha ido. La calle como un río que se queda súbitamente a secas. La gente salta como peces sorprendidos. O camina.

Volver a mi estudio.

* * *

En el cuarto de Hexe, Bach escapa con la última nota del piano. Hexe se levanta girando en la banqueta. Debe ser como su *carrousel* particular.

—Te voy a preparar una taza de té —me dice.

Estoy solo.

Tarde entre ventanas con rejas. El cielo pegado a los vidrios. Levantarse y tomar la mascarilla. Colocarla sobre la banqueta del piano. Parece emerger como de un pozo oscuro. ¿Por qué la he puesto allí? Es bueno acariciar sus rasgos de yeso. Hasta sentir la sensación de piel. Suavidad en la yema de los dedos. Ya no necesito a Hexe.

—¿Qué hace Beethoven ahí? —me pregunta, mientras mal equilibra una taza con una especie de sombrero lleno de pan encima.

Un gesto con los hombros y las manos. La mascarilla a su sitio. El fauno sigue soplando.

Otra luz ilumina la habitación. Otras sombras, por supuesto. Los objetos cambian de ropa. Son siempre los mismos, pero con otras vestiduras.

Té delicioso. Hablo. Mil cosas. No sé por qué hablo. Podría estar callado o dando aullidos.

Silencio.

Es posible que los tácitos sonidos de la flauta soplada por el fauno hayan penetrado las gruesas murallas de silencio que nos torturan a todos. Sordera de Beethoven: símbolo de la sordera espiritual del Hombre. Beethoven se

sobrepuso porque no escuchaba sandeces. Sólo música. Y desde su interior.

Hexe está vibrando junto a mí. Virtud del silencio inteligente. Va a tocar. Me mira. Sus hombros naturalmente caídos se levantan un poco.

Variaciones Haendel-Brahms.

Brahms y la cerveza. Mucha cerveza al anochecer. Conciencia de su genio. Bonito tema para pensar. Paganismo. El viejo Brahms era un pagano a lo Wagner. Tristán persiguiendo a Clara Wieck que vaga por un teclado infinito. Son sus pasos los que escucho desde el piano. Corro con ella. Sin cansarme. Es fantástico, he comenzado a huir del tiempo. Me parece entrever la salida. Correr. Correr cada vez más rápido. Cerrando los ojos para no deslumbrarme con el paisaje. ¡Oh! Debo detenerme. Hexe ha llegado a su meta. Hay que correr mucho más. Y ni aun así.

—¿Quieres salir? —me dice.

—Bueno.

Tarde poética. Muy hermosa. Contraste de horror con los vehículos. Esquina del año 1920: torpes líneas recortándose a sí mismas. Arquitectura funcional sin destino. Porque prevalece sólo lo que no sirve para nada. Todo lo útil se gasta. Se muere.

Parque Forestal.

Otro estado de espíritu. Algunos años antes mis pasos me hubiesen arrastrado inmediatamente al monumento a Rubén Darío. (Es como su mausoleo austral.) Para fijar mi vista en ese adolescente que, desnudo en el centro de la lagunilla, contempla cabizbajo las hojas muertas que flotan en el agua. Y leer los versos esculpidos.

Es curioso cómo en su mano derecha mantiene con dulzura una flauta de Pan. Pensativo, la ha dejado de tocar. Para volver a hacerlo en la noche. Cuando lo atienden sólo las estrellas. Flauta pánica: también la tocaban los faunos. Pervivió a través del tiempo sin modificaciones. Ahora la usa el afilador de cuchillos. La otra se transformó. Llegando a ser oboe. Y clarinete. Y fagot. Y tuba. La evolución. Argumento de adolescentes para probar todo, menos lo mismo que no se puede probar. Da igual: Adán o la primera célula. Del primer hombre a Sócrates, pasando por Caín y la caterva de asesinos que mataron al viejito. O de la primera célula, pasando por la babosa y el tiburón y la caterva de mercaderes de guerras, hasta llegar a Russell, que también será asesinado.

Caminando hemos llegado hasta el adolescente. Parece estar avergonzado. ¿De qué?

—De estar desnudo —me dice Hexe.

—De no ser sincero —digo.

Ríe.

Niños jugando. A que juegan, supongo. Mayores tratando de amarse en los bancos verdes. Amor de plaza. Convencionalismo. O necesidad urgente. Creen que deben amar porque comienzan a desentumecerse.

Hexe está callada. Para que yo hable. Sabe justo cuando voy a decirle algo de mí mismo. Se entretiene con la idea de que los demás sufren menos que ella. Le fascina pensar que soporta una vida espantosa. No podría vivir feliz: sería desgraciada.

Nubes rosaditas. Insoportables. Detesto el rosado. Tengo ganas de "hacer pichí"¹. Caminar más rápido. Demasiada vitalidad para que sea vital el paisaje. Cordillera de la costa levantando la luz de la tarde. Para recortar los cerros oscuros sobre el cielo. Troncos sin sombra. Gente con libros. Caminan moviendo los labios. No entienden nada. Prohibir el exhibicionismo. Todos los bancos ocupados como vitrinas. Ese cubierto de espinillas mira a Hexe. Se lo digo y ella sonríe satisfecha. Muy natural, supongo. Caminando. Tarde agradable. Mujeres con perros. O perros con mujeres. Depende.

Salir del Parque. Internarse por calle Merced. Al café de los "esposos edípicos". Hay que

¹ "Hacer pichí": orinar (N. del A.).

hablar sentado. Así se piensa más. Mirando a Hexe. Sonreímos. De nada.

—Se terminó el asunto con Soledad... —le digo.

—¿Cuándo? —me interrumpe.

—Hace una semana. Y es definitivo. ¡Palabra!

Ríe fuerte. Ahora está seria. Debe ser por mi cara.

—¡Ojalá! —murmura.

Silencio.

Olor a civilización.

* * *

Me han llamado a cenar. Me temo que deba ir a la mesa. No hay más remedio. Mis hermanos tienen invitados. Gente horrible toda. A lo mejor no he intentado nunca comprenderlos. Será porque sé que ellos tratan de hacerlo conmigo. Y eso es hartó difícil. Tengo más dificultades conmigo mismo que con cualquiera otro.

Risas en el comedor. Gente joven que cree que es vieja. Generación atómica que apenas enciende como la pólvora. No tienen idea de que son hombres. Se lo han repetido demasiado. No son libres porque han nacido libres. Nunca se sabe de nada a menos que tengamos

que ver directamente con ello. La muerte: los únicos que saben de ella son los muertos. Y ni siquiera ellos. Se pierde lo que se tiene. Lo que no se tiene se puede conseguir. Habría que no enseñar que somos seres humanos. Habría que descubrirlo. No se puede ir por ahí repitiendo: "¡Somos hombres!" Y comportarnos como monos. Muy triste. O muy divertido.

Mi silla me espera. Deberé hacer alguna broma. Y conversar. Pero si comienzo a hablar ya no podré detenerme. Me hará daño. Decidirse. La broma. Risas. Las visitas más fuerte.

Calor.

—¿Has oído el nuevo disco de la Cuarenta de Mozart?

Es alguien a quien apenas conozco. Anteojos. Cara grave. Inteligente. No le interesa la respuesta. Su pregunta es el comienzo de la disertación con que piensa *epatar*me. Si lo dejo se lucirá conmigo e interrumpirá la digestión de todos los demás. Por eso me decido a oírlo.

—Algo alcancé a escuchar el otro día. Parece muy buena —digo para darle confianza.

—¿Te gusta Mozart? —pregunta casi sin aliento, y agrega—: A mí es el que más me gusta. Muy preciso; hermosas formas y un contenido sublime. La Cuarenta es su sinfonía más típica...

Sigue hablando, pero ya no presto atención.

Se podría hacer algo por él. Sí. Que escuchara a Mozart. *La Flauta Mágica*. Papageno. Necesita penetrar el alma de Papageno. Hasta ahora ha escuchado sólo la voz de Zarastro. Porque es más fuerte. No puede entenderlo. Para llegar a Zarastro debe ser iniciado. Debe conocer a Pamina. Debe enamorarse. Y sufrir por el imposible. Después tendrá su Papagena. Hay que librarlo de la música contemporánea antes de que conozca la clásica. Hexe podría ayudar.

Ha terminado. Todos conversan. Sí. Prevenirlo de los peligros del snobismo. Pero no. No lo haré. Se comienza por ahí si no hay otro modo. Me hablaré a mí mismo en voz alta. Será más gracioso. Y más auténtico. Tengo mis dudas con respecto a algunos conceptos. Me servirá para escucharme.

—En realidad, Mozart no fue nunca Mozart. No tuvo tiempo.

Ruido de cuchillos. Movimientos de manos. La atención fija en mí. ¡Menos mal!

—A Rafael —continúo— le ocurrió lo mismo. Se parecieron demasiado: fueron muy talentosos. ¡Señores, los aplausos liquidan!

Alguien que quiere decir algo. La atención disminuyendo en algunos. Diego sirve vino. Mi vaso está lleno aún. ¿Para dónde voy?

—Cuando se comienza con aplausos, se em-

pieza con el fin. —Y agregó—: No se puede estar solo. Y para encontrar esa soledad, hay que huir. Huyendo sólo se mueven los pies...

No puedo continuar. Alguien me interrumpe. No ha entendido ni una palabra. Dice algo como que la gloria ayuda mucho. O algo por el estilo. Una vulgaridad. Desgraciadamente, para responderle hay que echar mano de otra vulgaridad repetida hasta el cansancio: el sufrimiento. De eso no hay que hablar. Es preciso sufrir.

—¿Tú crees? —le pregunto.

Se desconcierta. Es muy útil hacer esa pregunta. Con ello se obliga a que el interlocutor piense por primera vez sobre la cuestión. Hace bien. Se quedan callados.

El postre.

Todos hablamos. No sé de qué. Espero que no diga nada sugerente como para iniciar una discusión. Hoy no quiero discutir. Perdería energías.

Mesa blanca. Nada más que los ceniceros y los platos con el postre. Y el florero. Flores envejeciendo estérilmente. Agonizando. Las plantas de donde provienen morirán solteras. Se castra a los vegetales. Cada cierto tiempo hay que renovar los floreros. ¡Qué horror, hasta existen las flores artificiales! De plástico. En tiempos de Salomón eran de cera.

Silencio.

Bastante embarazoso, pero ocurre siempre. Comenzará a hablar justamente el que no tiene nada que decir. Interesante fenómeno. Esta vez ha hablado la empleada. Se rompe la rutina. No se puede formular ninguna ley al respecto. Menos mal. Casi lo hago.

Es agradable fumar después de comida.

* * *

Otra vez solo. Desgraciadamente no será por mucho rato. El de anteojos vendrá a decirme su discurso completo. Hasta entonces no podré aislarme. Tendría que desandar el camino.

Luz de la radio.

Suite para flauta y cuerdas. Bach. Todo lo demás está oscuro. Cigarrillo por el balcón: camino de brasa. He herido la noche. *Sarabande*. Se tiene que haber quitado la peluca para componer. Dicen que era muy normal. ¡Pero si Bach fue Bach! Salvo a ratos, supongo. ¡Qué diablos, no se puede ser siempre el mismo! “¡Juan Cristián, no moleste a su padre, que está componiendo!” Y estaba estorbando a un genio. Catedral gótica. Música para ojivas inmensas. Eco de piedras con vida.

Ha llegado Antejos. No me he equivocado. Y es respetuoso. Se sienta sobre la única silla

que queda. Ahora que está confortable no habrá más ruido.

Cerrar los ojos. Aunque no hay necesidad. La obscuridad del cuarto es suficiente. *Contrapunto*. ¿Quién habrá sido Pongileoni en la vida real? Fin de la *Sarabande*. "Ejecútese en flauta travesera." Cöthen. Ahí mismo compuso el libro primero del *Clave*. El *Bourré* ya está en marcha. Ya no estoy. Lo siento por el muchacho. Debería preguntarle por Huxley. Y pronunciar el nombre y apellido bien a la inglesa. Imposible. Estoy demasiado lejos.

Busca amigos. Buen camino, pero impertinente. Se empieza juntando la mayor cantidad posible de amigos. Tal como para preparar una excursión en globo. Antes de inflar para elevarse, es necesario cargar el lastre. Muchos sacos de arena. El globo, uno mismo y los sacos de arena. Arrojar algunos para empezar a elevarse. Poco a poco caen todos. Cuando se vuela al sol no hay que dejar ni un saco. Volar más alto que nadie. Icaro. No se puede hacer en compañía. Porque se trata de no regresar jamás. Sólo el globo y uno. Hacia arriba. Habría que decírselo. Es inútil. Debe vivir su propia experiencia. Me escuchará y encontrará muy bonito lo que le diga. O muy feo. En ambos casos, contraproducente. Vivir su propia

experiencia. Descubrir a Bach. Estupenda experiencia.

Yo lo descubrí una tarde de invierno. Pero esa mañana había descubierto un montón de otras cosas. Que era frívolo, por ejemplo. O sea, que ya no era más frívolo. Por lo menos en forma auténtica. Descubrí, también, que cuando dos personas sufren por algo, una sufre más que la otra. Pero hay que vivir aquello. Lo podemos repetir mil veces y entenderlo muy bien. No sirve. Hay que vivirlo. No siempre somos los que sufrimos más.

El era un marido engañado. Yo, adúltero. Ella, inocente.

No.

No era eso. A veces, resulta divertido recordarlo. Pero no lo fue. Espantoso. Porque se acaba con la fe de un individuo que no tiene más que eso. Nunca más. Mugre por todos lados. Y un hogar hecho pedazos por mi imprudencia. O por mi vicio. ¿Podría haberlo evitado?

Era bella y sensual. La misma disculpa de siempre: "mi marido es impotente".

Mentira. Yo sabía que era mentira. (Silencio.)

Está fuera de Santiago.

Demasiado vulgar. (Silencio.) Se pierde la

conciencia de la vulgaridad cuando hay deseo. Y la conciencia de todo lo demás.

La encontraba un poco tonta y snob. Aunque yo debo haber parecido más idiota aún.

Conversar con ella era inútil. (Lo supe siempre.) Es claro que yo no buscaba conversar precisamente.

Era deliciosa. Y un poco irónica, pero a lo novela rosa. (Las leía por docenas; su velador estaba lleno de ellas.)

Reía como una actriz del cine mudo : con los ojos fijos en la cámara.

Noche satánica. La furia sexual.

—Tantas noches como éstas que perdemos los jóvenes, justamente cuando mejor podemos aprovecharlas —susurro en su oído.

Me mira.

—Las mujeres son las que más nos arrepentimos de ello —responde.

—Porque el único arrepentimiento que vale es por lo que no se hizo —agrego.

Me estrecha contra su cuerpo desnudo. Mi pecho humedece su pecho. Y mientras sus manos se clavan en mi espalda, las mías buscan lo más lúbrico de su piel. Para detenerse allí y, luego, continuar la búsqueda. De pronto se fijan como dos ganchos a sus hombros. Y se detienen. Porque la sensualidad ha pasado al aire que respiramos.

"Formó, pues, Jehová al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su cara sople de vida; y fue el hombre en alma viviente."

Nuestro jadeo, tras el último *crescendo*, se ha transformado en un suave quejido. Después de haber creado al Hombre, descansamos. Turbados por la serpiente que, aunque parece muerta, tornará a la vida.

Sueño.

Golpes en la puerta. Despertar horroroso. Es como una escena de *burlesque*, pero en serio. Dramática. Los golpes continúan. Vestirse un poco. Tengo miedo. Un miedo mortal. Un miedo como ninguno de los sentidos hasta el momento.

Gritos desde fuera de la pieza y desde adentro. Gritan ambos.

—No entres todavía, ya voy —suplica ella.

La puerta se abre de un golpe. Pésima cerradura. Un simple picaporte. Debería haber colocado una silla para trancarla.

Estoy sentado en la cama. En calzoncillos. Y con calcetines. ¿Por qué me habré puesto los calcetines? El marido me mira horrorizado. Incapaz de darme una bofetada. (Que espero desde que sentí el ruido.) Está quebrado de dolor. Sensación de ridículo. Y de vergüen-

za. Por la facha en que estoy, seguramente. O por haber tenido tanto miedo. Aunque aún no se pasa del todo.

—Váyase, señor, váyase —me dice.

No sé qué decirle. O qué hacer. Vestirme primero, supongo. No esperaba esta reacción de su parte.

—Un momento. Voy a vestirme... Deseo conversar con usted —le digo.

Creo que fue una estupidez. No debí haber dicho ni una palabra. Lo veo sufrir de verdad. Lo sé. Lo siento con todo mi organismo.

Ella no está en la habitación.

No la he visto salir. No obstante, de pronto he notado su ausencia. Me visto con rapidez. Con movimientos automáticos. Y que son grotescos porque mi ropa yace esparcida por el cuarto. Mientras me hago el nudo de la corbata, lo miro. Me atrevo a mirarlo.

Es chico y feo. Amarillento. Cetrino. Observa la cama. No más miedo.

Gritos en el baño.

Abrimos la puerta a golpes. Ella se ha cortado la muñeca hacia el antebrazo, con una hoja de afeitar. Tres o cuatro rasguños. Sangre roja corriendo lentamente hacia la palma de su mano. La abraza.

—Sufro tanto —suplica ella.

—Perdóname —replica él.

Me voy. Ebrio de ira. Y de vergüenza. Al llegar a la puerta de calle, el marido me grita desde el baño:

—Llame a la ambulancia, por favor.

—¡Para qué! —le grito, dando un portazo.

La mañana gris. La barba picándome. Y los ojos irritados. Sucios. Día festivo. Casi no hay gente. Mal gusto en la boca. Nubes. La carpa del circo cubierta de nubes. "Soy un payaso que no logro hacer reír ni a mí mismo", me digo en voz alta. He descubierto el dolor del prójimo caminando a casa.

Larguísimo baño caliente. Señales de su cuerpo en mi cuerpo. Quizás me usó dándome la sensación de que yo la usaba. Mente en blanco. Hace bien. Aseo por fuera. Ninguna gana de salir del baño. Aún la deseo un poco. Sentimientos encontrados. Estoy más abatido que nunca.

Mientras me visto, vuelvo a tomar conciencia del dolor ajeno. Y pienso que la odio. Pero no es así; me odio a mí mismo, transfiriendo ese sentimiento. Lógicamente que eso lo sé ahora. Se necesita perspectiva para analizar las sensaciones. Cuando se las está teniendo se siente. No se puede ser juez y parte.

Voy donde Alain.

Mediodía gris obscuro. No queda ninguna sombra donde ver la personalidad de los ob-

jetos. Hace bien caminar. No pienso. Debo huir de las ideas. Aunque es inútil. Ni tampoco el momento. Ni es el método.

Caminando.

Gente con hijos. Burgueses atontados porque mañana es lunes. Llevan su propio drama. Algunos lo descubren y se hunden más. Otros navegan hacia la buena orilla. Muy pocos. Niños opacos. Igual destino que sus padres. O peor. La bomba atómica acabará con ellos primero. Podría ser mejor para los infelices. Quízás. ¡Qué horror!

Casa con el invierno auestas. Vieja. Se quemaría como papel emparafinado al caer la bomba. Prometeo ni soñó con ese fuego. Lo ignoraba totalmente. Castigo de los dioses por ello: por su ignorancia. Pero en Hiroshima se fundieron sus cadenas. Ahora vaga libre y desesperado. Mucho más que cuando se sentía un héroe encadenado por haber robado el fuego para los hombres. Quiere devolverles el fuego a los dioses. Muy tarde. A lo mejor la lira de Orfeo obre como la flauta de Hammelin. Difícil que se encuentren. Hay demasiado ruido. Orfeo está escondido cantando. ¡A buscarlo todos!

Muy cansado de caminar. Por suerte he llegado a la meta.

Alain ya está a la mesa. Debo tener el rostro

alterado. Carmen se preocupa. No quiero almorzar. Les digo que ya lo he hecho. Me arrepiento de la mentira, porque es estúpida. Menos mal que me creen. No hubiese soportado la insistencia.

Ambos esperan que hable. No puedo. No sé cómo empezar, ni qué decir. Piensan que no me han visto nunca así. Bueno, yo tampoco me he sentido jamás como ahora. Supongo que debo parecer divertido, aunque trato de estar a lo trágico. Me doy cuenta de que estoy acentuando la exteriorización de mi problema. Es como frivolizarlo. Vergüenza golpeándome el rostro. Porque estoy siendo poco serio. Tengo que dejar de ser adolescente. Carmen pregunta:

—¿Qué le ocurre?

—Vio al demonio —agrega Alain.

Risas de todos. No sé por qué río. No hay otra cosa que hacer, supongo. Tomar café. Es asqueroso. Parece que hace bien porque neutraliza el tabaco. Algo así he escuchado. O sería otra cosa. Lo bebo porque ello pone fin al almuerzo. Carmen ha subido al sentir el llanto del pequeño vástago que acaba de despertar. Alain me escucha.

—No se ría, Alain. Nos ha sorprendido el marido.

—¿Qué marido? —pregunta.

Le explico como puedo. Ríe. Era lo que más me temía. Porque no es de mí de quien ríe. Estoy seguro de que es del marido. Pero me hace bien. Curioso mundo. Nadie podrá comprender que lo ocurrido es atroz. Que el cornudo es ahora un subhombre no por su cornudez, sino por las ridículas cornucopias de los demás. Y porque no ama lo suficiente. Estará pensando que debió haberme asesinado. Miedo otra vez.

Silencio.

Alain ha comenzado a comprender que sufro. Me aferro al humo de mi cigarrillo. Baja Carmen con el pequeño Alain en brazos.

—Tala —me dice.

Es una de sus cuatro palabras. Me enternece. Lo tomo en mis brazos y sonrío. Es suave y perfumado. Su piel, más fina que el cristal de roca pulido. Tiene olor a guagua. Los años se irán adhiriendo a esa piel. Y perderá su aroma. Y su textura suave. El tiempo se apoderará de él y de su cutis.

Alain se ha levantado y manipula su discorola. Me siento en la alfombra a jugar con el pequeño. De pronto se acaba todo y comienza todo. La habitación parece elevarse o enancharse. Sus murallas se ensanchan. No sé si la música me llega desde fuera o soy yo el que la produce. *Suite N.º 3*. Abro los ojos. O los

tenía abiertos y sin ver. *Le petit Alain*, muy serio, con su año y medio auestas se mueve siguiendo el compás. Yo también me muevo. Sé que hay más gente en la habitación, pero no la ubico. El viejo Bach se ha apoderado de ese ángel y de este demonio. Música para cielo e infierno. Pureza. Humanidad. Humanismo. Soy hombre. Me avergüenzo de mi vergüenza. Me olvido de la horrible mañana. No existen ni el pasado ni el presente. El universo entero contenido en la partitura. El tiempo sintetizado en esas notas. Sangre a mis mejillas. Sangre a toda mi piel. Paz. *Aria*. Marcha de los que van a las estrellas. Música para transportar verdades cubiertas de oro. Cortejo de héroes griegos subiendo hasta las nubes. Vida y muerte. Tirabuzón para el alma. Bach. El pequeño comprende. Va a olvidarlo por ahora. Pero ya está marcado. Bach se apoderó de él y de mí. Soy un poseso. Extasis. Felicidad completa. *Finale*. Salgo de mi baño interior.

* * *

Supongo que no podría explicarle todo esto al de anteojos. ¿Qué importancia para el conocimiento de su Bach tendría que yo le dijese algo? Si le digo que existe puede dejar de buscarlo. Y ahora que permanece en silencio,

sería ridículo decirle: "Bach". Tiene que distinguirlo él mismo.

Debo haber hecho alguna mueca. Me habla. Pide que le explique lo que dije a la hora de comida.

—No podría explicártelo —le digo—. Es algo que estoy tratando de comprender yo mismo. Las únicas explicaciones válidas son las que encontramos con nuestros propios medios. Es probable que no me creas. Es más, me gustaría que no me creyeses. Cree en tus propias creencias...

—Cree en tus propias creencias —repite. Y agrega—: Pero... la verdad... es una. Válida para todos.

Tiene tanta fe en ello que estoy por no responderle.

Noche demasiado calurosa. Hablo a causa del calor, supongo.

—Me imagino que hay tantas verdades como individuos que la buscan —le digo.

—Pero es que tú no crees en Dios —murmura.

—Te equivocas. Creo en más dioses que tú. De hecho, soy politeísta. Panteísta humanitario, si quieres.

Esto último lo digo por no verme obligado a continuar. Sería espantoso tener que volver sobre los mismos temas. Por suerte, no debe

saber qué significa "esto último". Es una canallada mía. El tipo quiere comprenderme. A esa edad se quiere comprenderlo todo. Si lo logra le hará mucho daño. Verá sólo confusión por todas partes. Sin embargo, no debo dejarlo ansioso.

—¿Tendría alguna importancia que no creyese en Dios? Supongo que todo el mundo cree en un dios. Lo importante es saber cuál. No olvides que junto a los dioses de todas las religiones proliferan los demonios. Son los dioses malos. Hay que saber distinguirlos. Ese es el secreto de la búsqueda. Más que búsqueda, en consecuencia, es selección.

Permanece callado. Buen síntoma. No quiere discutir. Espero que sea suficiente por hoy día. Le ofrezco un cigarrillo. Me dirijo hacia la puerta. Me sigue. Conciencia del ruido exterior. Supongo que deberé jugar un partido de ajedrez con él. Es una noche magnífica para su espíritu. Así debe creerlo. Basta con eso. Basta con creerlo para que lo sea.

En el salón.

Todo el mundo se divierte. Ganarlo con alguna dificultad. Le gustará más. Piezas negras y amarillas. Hermoso ajedrez de marfil. Acaricio una torre. Un poco de sueño. Humo y alcohol. Mal coñac. No beber porquerías.

Creo que debía haber agregado que depende de la idea que tengamos de los hombres la imagen que podamos formarnos de Dios.

OTRA NOCHE. Azul obscuro. Arboles verde clarísimo. Efecto de la luz eléctrica. Raíces bajo el pavimento. Tortura vegetal.

O avanzar o retroceder: tan difícil lo uno como lo otro.

Un organillero bajo mi balcón. Como tantas otras veces. Hojear el antiguo diario de vida. Aquí está el trozo que busco:

“El viejo organillero pasa sólo los domingos. Después de almuerzo, con su máquina desvencijada a la espalda, se detiene, respirando dificultosamente, bajo mi balcón. Es un descanso escucharlo. Tiene sabor a antiguo. Me recuerda el colegio. Las bromas de niño. Pagábamos a uno para que tocara frente a nuestra ventana, durante la clase de matemáticas. Un año entero invirtiendo nuestro dinero destinado a los caramelos, para que un organillero nos distrajese en clases. Muecas de

ira del profesor. Me alegro como entonces al recordarlo. El viejo organillero de antaño: símbolo de lucha contra la civilización bélica en que nos tocó ser niños. Que destruyó los valores espirituales del hombre contemporáneo. Mi generación criada en la escuela de la adversidad, tratando de salvarse a través del humanismo. En pugna contra la generación que viene detrás. Generación del aullido musical, que alcanza a nuestros hermanos menores. Y en pugna con la generación que está delante, a la que pertenecen nuestros padres. Generación de los apotegmas y de las soluciones dadas a priori. Con qué cariño recuerdo al organillero del tiempo del colegio. Por eso arrojé unas cuantas monedas a éste, remedo de aquél, que bajo mi balcón toca, al doble de ritmo que lo justo, *El Relicario*. Desde el cuarto vecino al mío, mis hermanos y algunos amigos suyos, con esa iconoclastia característica de su angustia evadida, escuchan una música de primates, con aullidos salvajes y ruidos de "tam-tam"... El organillero, como si tuviese prisa por irse a alguna parte, apura aún más su canción. Varias veces me he sentido tentado de bajar y pedirle prestada su maquinita musical. Debe ser emocionante dar vueltas a esa manivela. Como extraer mágicamente el

pasado en unos cuantos giros de esa palanca. Pero no lo hago, porque soy tan feliz cerrando los ojos y escuchando la música con la mente en esa vieja sala de clases del patio de las preparatorias. . . .”

Era más sabio hace algunos años que ahora. Me he puesto sentimental. Quise dar vueltas a la manivela. Bajé.

Algunos niños comprando pelotas de aserrín. Como verdaderas naranjas multicolores. Elástico negro. Compraría una para jugar con ellos. El organillero está borracho. Hechizo que se comienza a desvanecer. La perspectiva es diferente. Arriba de un balcón y en la vereda. Dos lugares distintos.

—Le arriendo el organillo por una pieza. Yo toco.

Me mira y no contesta. Creerá que no estoy bien. Repito la proposición.

—Le arriendo el organillo. Le pago lo que me pida por tocar una pieza.

Ha tomado el organillo y comienza a irse. Sin decir ni una palabra. Ignorándome. Va rodeado de niños. Me miran extrañados. Tienen que doblar la cabeza para hacerlo. Sus cuerpos se deforman un poco. Supongo que no será usual lo que he hecho. Bien, pues. No queda ni un buen recuerdo. He quebrado una porcelana irreemplazable.

Sombra de ramas en la vereda. Ramas de acacia. Símbolo de eternidad. Recuerdos guardados entre ramas de acacia. Razón y sentimiento: compatibles hasta que dejan de serlo. Hay que penetrar el secreto de nuestra época. Porque no vale la pena.

El hombre contemporáneo se ha deshumanizado a fuerza de oír hablar de la Revolución Francesa. O de cualquier cosa por el estilo. Historia militar: estupidez que se sigue enseñando. Movimientos sociales: cretinismo que se comienza a inculcar. Sociedad de masas. Viejito Ortega y Gasset. Anticuadaito porque escribió funcionalmente sobre eso. Ad hoc. Fue muy útil *La Rebelión de las Masas*. Pero prevalecerá lo inútil. Claro que las *Meditaciones del Quijote* son otra cosa: "El monasterio del Escorial se levanta sobre un collado...". Precioso. Una joya. Y el estudio sobre Leibnitz. Bastante serio. Lo demás da la impresión de que fue escrito para los periódicos. Debo estar equivocado. Da igual. No es el camino de ningún modo.

Conocer Grecia. Los poetas elegíacos. Verdaderos descubridores del alma humana occidental. Mimnermo de Colofón. Supongo que el nombre asusta. O Bías. O Tirteo. Después hay que ir hasta la Edad Media. Ni Leyenda Negra ni Leyenda Dorada. Ninguna leyenda. Época

de ojivas y agujas hiriendo a Dios. Anonimato de la poesía. Y de la música. Catedrales y catedrales. Retorno eterno. A Egipto. Cada hombre una piedra. Pirámides: tumbas de hombres-dioses. Catedrales: tumbas de dioses-hombres. Muerte individual. Cada artesano un friso. Desde el misterio de sus nombres se ignora su dolor.

*Devuélveme el esclavo que enterraste.
Sacude de las tierras el pan duro
del miserable, muéstrame los vestidos
del siervo y su ventana.
Dime cómo durmió cuando vivía...*

Hay que ser socrático. Muy difícil. Círculo vicioso. Aporía. Posición vital del hombre. Comprender nuestra época a través de nosotros mismos. Muy subjetivo pero auténtico. No categorizar. Categorías: sistema útil pero fosilizado. Disciplina y método. Mucha observación.

Iré a caminar después de comida. Noche calurosa. Ideal para ser recorrida.

Hay invitados a comer en casa. Matrimonios burgueses. Padres de gente de mi edad. Interesante escucharlos. Aunque es casi imposible porque hablan demasiadas estupideces. Cul-

pables de su propia desgracia y de la nuestra. Creen comprender nuestro tiempo y no comprendieron el suyo. Tarea de cada generación conocer su propia generación. Dan consejos. Hay crisis de los consejos. Y crisis de la experiencia transmitida. Cincuenta años de caos. Con algunas excepciones.

En la mesa.

Sentado entre toda esta gente. Que habla con palabras que podrían ser familiares si les diesen algún significado. Pero no. Sólo les interesa el resultado retórico de los términos que emplean. Les falta conceptuar. Dar vida. Comunicar.

—La situación es muy difícil —dice alguien.

Santo y seña para probar todo lo contrario. Primor de lo vulgar. (Ortega y Gasset: "Azorín, primores de lo vulgar".) Ideólogos de *boudoir*. Identifican la política con la inteligencia. Me aburren. Son torpes y poco novedosos. No debemos interesarnos por sus problemas. Demasiada tarea con los nuestros. Sería bueno intentar comprenderlos. O muy malo. Supongo. que no resistiré el silencio por mucho tiempo. Mi silencio.

Ruido de cubiertos. Cultura de *bon gourmet*. Cicatrices del siglo pasado. No tienen la culpa. Toda su fe puesta al servicio de la ciencia. De

lo que ellos llamaron ciencia. Son un horrendo monstruo engendrado por el positivismo. Que han inventado el aparato de exterminio de la humanidad. Son el subproducto de una Iglesia decadente y del jacobinismo pasado de moda. Lucha estéril por la armonía de los contrarios. Debería decirlo en este preciso instante. Y a gritos: su cultura de logias es un secreto a voces; su instrucción de seminario, la consagración de la mentira. Dilema de su tiempo: o lo uno o lo otro. O conciliarlo, que es peor.

—¿Usted cree que la situación es difícil? ¿Cómo sería fácil? —pregunto.

Para poner en descubierto su juego. Mi padre lo nota. Me mira indignado. Tiene mucho concepto de la etiqueta. Goza con mis impertinencias para con los demás siempre que estén sujetas a ciertos cánones. Pero no lo toquen a él. La autoridad. Muy útil para justificar el caos.

El Camarón que habla ha sido sorprendido. No esperaba preguntas. Quería discusiones. Ya no es época de polémicas. Pestañea. Buen golpe. Habla:

—La política cada día confunde más al hombre de empresa. No hay respeto por las instituciones. La juventud desorientada...

Conozco el resto. Palabras. Hablarán todos a la vez. Para darse fuerzas. No debo escuchar

más. Con lo que ha dicho es suficiente para pulverizarlo. Y no se dará cuenta. Será peor. Quedará más convencido que lo que está ahora de que es inteligente y sabio, y que tiene la razón.

Hermosos ojos de la esposa. Aburrida de oírlo hablar de lo mismo. Querrá emociones fuertes. Rematar un biombo chino, quizás. O un amante. *Et il sera cocu*. Como en las obras de teatro francesas que acostumbraba ver Camarón cuando era joven. Y que le producían una risa incontenible. Leerá versos. *Las Cien Mejores Poesías para Recitar*. Y en las reuniones seudointelectuales a que asiste será antinerudiana o nerudiana. De ambas maneras no lo conoce. Salvo tres o cuatro poesías. Pero debe tomar partido porque es elegante discutir el tema. Es más fácil ser antinerudiana. No cuesta nada adherirse al tarado que se ría de la *Oda a la Cebolla*. Mirarla con insistencia. Es mejor que su hija. Es más torpe y por lo tanto tiene más tiempo para ser bella. Belleza que no resiste los temblores de la inteligencia. Estuco mal colocado. Dos viajes a Europa relatados mientras abre sus maletas. Cuatro días para el primero. Dos para el segundo. Después se agotan. Deben ir de nuevo. Es mi turno.

—En realidad veo que la política confunde

al hombre de empresa. ¿Cómo marcha su fábrica? —le digo.

Risitas. Los demás también ríen. Se ha humillado. Primera observación que deben haber hecho sus hijos: tendencia a ser pusilánime con el objeto de ser simpático. Debo continuar para que quede definitivamente fuera de combate.

—Bueno, bromas aparte, usted es joven. Luego, es un desorientado —digo muy serio.

Miro a la esposa. Podría ser rubor. Debe ser idea mía. El Camarón está inquieto. Cree que soy irónico, pero ni yo mismo lo sé. Debo cuidarme de no hacer el *enfant terrible*. Dejaría de ser intrascendente mi conversación. Y me pondría al mismo nivel que ellos. Espontaneidad por sobre todo. Un sorbo de vino. Aire mundano. Muy útil para ganar tiempo y mantener el suspenso.

—No soy joven. Ya soy abuelo —dice.

Será gracioso. Todos ríen. Lo encuentro trágico. No pretendí que se creyera joven. Espera que insista. Es suficiente. A los veinte años ya era viejo. Anciano. Ha dedicado su vida a ser viejo. Y responsable. Y serio. Y cumplidor. Y todo lo demás. No debo agregar nada a lo ya dicho. Porque puedo ser payaso. Y no es lo que me había propuesto. Mal camino pa-

ra saber de esa generación. Injusto para con todos ellos. Porque estoy prejuzgando. Y no se puede buscar un objeto en la hierba si creemos tenerlo en la mano. Hay que haber perdido algo para buscarlo. No hay que tenerlo para dar con él.

—Supongo que sus nietos estarán bien —digo.

No lo quise decir. Al menos así.

Cigarrillo para el adversario.

He sido un bruto otra vez. Todos los contactos cortados. Imposible seguir buscando por ese lado. Los ojos de mi padre en mi oreja izquierda. Si lo miro se quedará callado. Es preferible escucharlo. Muy fino. Tratará de humillarme para reparar mi falta. Buen sistema. Hace tres o cuatro años me hacía explotar. Ahora me encanta. Casi no podría pasarme sin sus observaciones acerca de mi personalidad. Son muy interesantes. Me gustaría mucho ser como dice que soy. Me ayudarían tanto sus observaciones.

Manchas en el mantel. Islotes de vino. Geología de banquete.

—Este niño —se refiere a mí— se imagina muy razonable. Los muchachos a su edad creen saberlo todo. Pero no saben ni siquiera ser simpáticos. Así como recién empiezan a incur-

sionar en la vida: con torpeza, lo hacen entre las ideas y los conceptos.

Muy cierto lo último. Y lo primero también. No soy razonable. Pero no me imagino siendo de otra manera. Soy menos complicado de lo que cree mi padre. O más. De todos modos nadie se esfuerza por conocer a nadie sino a través de sí mismo. Es muy entretenido, pero inútil y auténtico. Siempre tengo propósitos en contrario al respecto.

Agradable cigarrillo.

Furia oratoria. El Camarón totalmente recuperado. Me alegro. Esposa me sonríe. Sonrío. Más sonrisas. Espera que le hable. ¿De qué? Temas de actualidad, supongo. No conozco ninguno. Será bueno mirar su mano después de comida. Vendrán todas. Muchas mentiras. Insinuarle que es desgraciada con el marido. Serán felices de que les digan lo que creen saber de sí mismas. Todavía lo mágico las domina. Muy femenino.

Aburrimiento.

Supongo que ellos también se aburren. Lógicamente que será al revés. Se entretienen aburriéndose.

Muy sabroso el asado. Un poquito seco. Se lo diré más tarde a la cocinera. Bigotitos no sabe cortar la carne. Está nervioso. Su mujer habla de la casa que se están construyendo.

Interesante. Arquitecto simpático. El mejor, por supuesto. No lo he oído nombrar nunca. Y la casa debe ser horrenda.

—¿Cuántos baños? —pregunto.

—Dos y medio —responde un poco sorprendida.

Ojos de mi padre de mi oreja a mi nariz. Varias veces. Bigotitos ha dejado de comer. Me sonrío. Le sonrío con la mejor sonrisa que tengo: dientes de arriba. Muy optimista. Da coraje.

Bigotitos es abogado. Mucho prestigio. Está amargado porque no puede hablar todavía. Especialidad en honra de personas. Deshonra honrando. Es masón o católico. O ambas cosas a la vez. O ya fue lo uno y ahora es lo otro. Esto último es fantástico para los contactos comerciales y sociales. Su mujer tiene carácter, lo inhibe. Corbata granate. Seda italiana. Hace juego con las manchas del mantel que hay al pie de su copa. No con su terno. Aunque supongo que él creerá que sí. Hablará. Lo observo. Quiero ver su entrada. *A tempo*. Un virtuoso.

—Quiebra Amenábar. Pobre Rorro... Tan buena persona... Mala suerte. Un poquito jugador. Claro que no creo que jugando *bridge* se pueda...

—¿Era un poco jugador? Yo no tenía idea.

Hace como un mes fue a mi oficina a pedirme que lo avalara... —dice Canitas Teñidas.

Insinuaciones. De todo tipo. Ha dejado en suspenso la historia, para que le pidan que cuente entretelones. Si lo escucharan. ¡Ejem! Pero tiene mala suerte. Con otro podría. Con Bigotitos no. Secretario de Comisión. Cámara de Diputados. Sabe mucho. Así lo dice, bajando la voz.

Hablan, pero no escucho. Demasiada bulla.

Manos de la empleada doméstica que retiran mi plato. Tajitos en su piel. Uñas limpias. Antebrazo con vello. Desórdenes hormonales ligeros. Efecto de hacerse el amor parada contra las murallas. Y vestida. Cada quince días, cuando tiene salida. Si se casa, será con el peor de sus galanes. El más fiero.

*La más bella sonríe al más fiero
de los vencedores...*

Engendrará sus niños cuando él tenga dos gramos de alcohol en la sangre. Y algunas espiroquetillas quizás. O gonococos. U otros bichitos. Pasará las tardes escuchando comedias por radio, mientras lava ropa ajena. Y tangos en la mañana. Marido hablará de fútbol con el mismo tono que Camarón de política y sociología. Aunque seguramente con más co-

nocimiento que éste. Ella será feliz porque admirará a su hombre. O absolutamente desgraciada. Más feliz que Camarona y que otras. Más provecho con un viaje a Renca que Camarona con sus viajes a Europa. Estará más tiempo a solas. Las empleadas domésticas son los únicos seres que trabajan verdaderamente. Y los carabineros. Observación de Alain. *Rigor intellectualis*. Citarlo al pie.

Mi madre muy bella. Algunos añitos. Dueña de casa. Se aburre en este momento. Mañana será feliz recordando la cena de hoy día. Es muy de ella. La miro. Me mira. Nos miramos. Supongo que nos miran. Verbo conjugado. Culpable de mis impertinencias, le dirá mi padre. Mentira. Sin embargo, ella lo cree. Gesticula. Quiere un cigarrillo. La paz. Muy piel roja. Es un rito particular entre nosotros dos. Desde que era niño. Y cuando leíamos juntos a Salgari. Mi primer cigarrillo: risas de mi madre.

—Te ves tan ridículo.

Está orgullosa porque no me he mareado. Algo que contar en algún té.

La bulla continúa.

Llegan mis hermanos. Disculpas por la hora. Han comido donde sus pololas. Que se sienten. El postre sí que lo comerán. Saludos a todos. Camarona transmite saludos de Cama-

roncita. Muchas gracias. Muecas de Rodrigo por las bromas de más tarde. Diego, muy educado, da varias vueltas alrededor de la mesa ofreciendo cigarrillos. Dos menos. Mamá no tiene con qué encender el suyo. Bigotitos se vuelve a interrumpir para encendérselo. Tiene mala suerte. Era casi el final de una frase larga. Tendrá que comenzar de nuevo. Si es que puede.

—Rodrigo conoce su casa, señora. La nueva —digo.

—¡Ah, qué bien! ¿Te gustó, Rodriguito? —sonriendo.

Bigotitos vencido. La locomotora parlante hablando. Esperar la próxima estación. Hasta entonces, mi señor.

—Bonito jardín y estupenda obra gruesa. ¿Qué pasto le pondrá? —Es Rodrigo.

Quiere que se noten sus conocimientos de arquitectura.

—Le pondremos *clover* —responde.

Está feliz de poder demostrar sus conocimientos de inglés. Péxima señal. Rodrigo no puede aceptar que se digan las cosas en otro idioma. Es muy acampado. A veces me gusta esta cualidad suya. Va a explotar. Es peor que yo. Un vaso juega en su mano. Balanceándose. Ahora está quieto.

—¿Por qué no le pone *foie gras*? —dice Ro-

drigo, y sin dejar tiempo a intervenciones de ninguna clase, agrega—: Es muy firme y requiere poco riego.

Sus ojos ríen. Los míos bajan a mi boca para ocultar su brillo con una pequeña carcajada. No debo estropear su broma. Dominarme. Bigotita no capta. La jardinería está de moda y no puede exhibir ignorancia con respecto a las diferentes variedades de pasto. ¿Qué dice?

—Me lo ofreció el Jardín Tokio. No es muy fino...

—Será el japonés, porque el fino es francés y viene en tarro —insiste Rodrigo.

Está feliz. Toda la familia lo está, pero hay que ocultarlo. Papá ceñudo. Mamá toca la campanilla. Diego me mira. Bigotitos desconcertado. Cree que debe haber oído mal.

Entra la empleada con el postre. Todo a salvo.

Prácticamente la broma bien vale el aburrimiento de la noche. Hablaré. Lo ocurrido es un estímulo para hacerlo.

He comenzado a disertar sobre quiromancia. Creciente interés de todo el mundo. Menos mío. Me aburro con mis propias palabras. Las rebusco. Impecable lenguaje. Sintonizo bien hoy día. Me escucho perfectamente. No debo perderme el final sicalíptico. Le da tono con-

fidencial y las gentes tosen un poco. Citar a psicólogos inexistentes. ¿Qué nombres? Judíos, supongo. Y calumniar a Freud y a toda la escuela de Viena. Hipnotismo, telepatía, levitación. No sé para dónde voy. Mucho interés de estos asnos. Yo ya estoy aburrido. Y Diego parece que también. Está bueno.

—Qué interesante. ¿Dónde aprendiste todo eso? —Es Camarona que vuelve a la carga.

—¿Usted encuentra, señora? —pregunta Diego.

Perfecto. Me evita la insolente respuesta. La familia entera a la carga. Clanes. Sentido totémico. Lo único malo es que se sigue sin llegar a ninguna parte. Por supuesto que la charla ha servido a todos. Hablan al unísono. Me lavo las manos. No se pueden escuchar tontearías a menos que las hable uno mismo.

Café.

“Las tazas finas de mi bisabuelo.” Preciosas obritas de arte. Miles de labios sobre ellas. Y dedos. Epocas completas guardadas en sus poros de porcelana.

Mujeres como árboles de Pascua. Exhibición de joyas. Bonitos efectos de luz. Las manos de mi madre sobre el mantel. Bellas. Algunas pecas. Uñas sin pintar. Dice que no tiene tiempo. Pero se ven mejores así. Lo sabe. Curioso fenómeno el que les ocurre a las mujeres de

ahora con los afeites. Digno de estudio. Se disculpan por no usarlos. Esclavas de los afeites. Qué vulgar es plantearlo de ese modo y expresarlo así. Habría que pensar en ello seriamente. Se trata de descubrir la esencia de las cosas. No aceptar nada resuelto. Conceptos y no palabras sin espíritu.

* * *

Bajativo en el salón de los cuadros. Sillón cómodo. Mujeres a un lado; hombres a otro. ¿Por casualidad? Sentado frente al retrato de mi bisabuelo. Me gusta. Es el mejor de toda la familia.

—¿Y qué es de la Cristinita, niña? ¿La has visto?

Adorable mamá. Preocupándose de monstruos. Siempre la misma. Hablará con todas y de todo.

Monvoisin horrendo. Pobre bisabuelo. Posando de pie. Muchos bigotes. Su preocupación diaria, seguramente. Qué antiestético. Los bigotes de Bigotitos. Parece peluquero. Bigotitos recortaditos. Tal como es él. A tal bigote tal individuo. Lo miro. Es mejor volver al cuadro.

Noto el calor.

Recuerdos en adagio. Una primavera. Dos

o tres años atrás. Paseando con Hexe por una de las calles del Barrio Alto. Un viejo jarrón de greda brillando con las últimas luces del día. Es un jarrón pulido por siglos de manos sobre él. Yace abandonado en un patio-jardín de una casa amorfa. Parece un abuelo de dinastía burguesa a quien es preciso esconder durante las fiestas de sociedad de sus nietas para que no avergüence a la familia con sus dichos o sus modales. Pánico a que descubran su humilde origen. Y es lo único auténtico que poseen, después de todo. Por supuesto que los invitados bien conocen el origen de la familia y desconocen, por desconocida, su genealogía. Jarrón como testimonio sereno de añosidos para siempre. Sensación mágica de paz después de una crudelísima lucha interior.

Jarrón Ming legítimo en casa de mi bisabuelo. Calle Ejército. Lo trajo de Europa como tributo a la fiebre orientalista de la *belle époque*. Permanece abandonado en una de las habitaciones del segundo patio, donde jugamos los niños cuando hay visitas. Mis hermanos y primos jugando. Miles de juegos. Yo permanezco horas enteras contemplando las líneas suaves y flexibles de los dibujos del jarrón. Siguiendo con mis pequeños dedos esos caminos de porcelana dorada, interminables. Sé que pronto vendrán a buscarme. Primogénito. Niño prodi-

gio. A saludar a las visitas. Ignorando si el papel que me asignan me gusta o lo odio.

Luz eléctrica encendida por alguna de las empleadas. Señal invariable de mi futura incursión por los salones. El brillo natural de los dorados del jarrón, desaparecido. Desasosiego.

Voy en camino. Estoy feliz de poder ser el centro de la gente. No obstante, me parece que se trata de contemplarme a mí mismo. Pero como si se tratase de otro niño y no yo. Me veo como niño, pero me siento viejo. Como si por el hecho de ser precisamente viejo, me prohibiesen hacer esto o lo otro. Me siento responsable de mi irresponsabilidad.

Mi padre se complace de mis impertinencias para con esas gentes que nos visitan. Será el tributo que pagan por sus interminables charlas en casa, supongo. Hablo de política. Y de la guerra. Ilustro mis comentarios con conocimientos increíbles en un niño de mi edad. Mi fuerte es la geografía. Mi voz adquiere un tono desacostumbrado. Transfiguración. La actuación llegando a su fin. Ritual de siempre:

—¿Qué serás cuando grande? —pregunta alguien.

—Presidente de la República —respondo.

Toda la familia radiante. Hecho estableci-

do. Mi padre, orgullosísimo, me indica la puerta.

—Vaya a la biblioteca a estudiar los mapas. Hay muchas novedades en los frentes de batalla —me dice.

Escritorio-biblioteca. Anaqueles repletos de libros de Derecho. Cantos dorados de los códigos invitando a la lujuria del oro. Pastas de cuero. Mapas colgados cubriendo la pared norte. Europa físico. Europa político. Banderitas con la svástica o la cruz inglesa clavadas por todo el mapa. Yo estoy arriba de una silla, aprendiendo nuevos nombres. Llegada de mi padre. Sobresalto en mi alma. Preguntas. Por este río, aquellas montañas. Dedo largo y firme, como un puntero. Primeros titubeos de mi parte. Comienzo de indignación de mi padre. Desazón. Me ridiculiza progresivamente. Lloro. Azotes en mis nalgas con una fusta siempre a mano, para que deje de llorar. De pronto el grito acostumbrado:

—¡Bruto! ¡Ignorante! ¡Pánfilo!

Después, los consejos pausados y benévolos:

—Pero, niño, si ayer sabías perfectamente dónde estaba Oslo. Es el colmo que no recuerdes cuál es el valle del Ruhr. Lo único que falta es que no sepas dónde está Londres... o... Berlín. Esa torpeza tuya es lo que me indigna...

Lo único que resuena en mis oídos es la frase salvadora, los insultos que ponen fin a las vías de hecho: “¡Bruto! ¡Ignorante! ¡Pánfilo!” Le estoy agradecido a mi padre por haber proferido tan luego los insultos. Es un agradecimiento bastardo, porque, aunque viene desde el fondo de mí, ha sido motivado por el temor. Y me arrepiento de haberlo odiado y temido, y tanto. Pero es una paz muy frágil. Otra vez comienzan las preguntas, los titubeos, los insultos, los golpes y la fórmula salvadora.

Entrada de mi abuelo. Armisticio. La tregua de Dios. El viejo me mira complacido. Y a mi padre, un poco molesto, aunque no estoy muy seguro de que así sea. Sonríe.

—¿Escuchemos a Caruso? —dice el abuelo.

Allí está Caruso, en esos álbumes inmensos y pesados que apenas me puedo.

—¿Qué quieres escuchar hoy día? —me pregunta, poniendo su mano en mi mejilla.

Ya tiene el disco en la mano. Es el mismo de todos los días. Le sonrío lleno de gratitud y de sincera felicidad. Sus ojos azules brillan.

—¡El dúo de *El Trovador*, Tata! —digo.

—Hay que darle cuerda a esta maquina. Mientras lo hago, anda a llamar a los demás niños —replica.

Está feliz de que le pida lo que siempre escucha como primer número de nuestro con-

cierto diario. Caruso con la Geraldine Farrar. (Mi casi abuela, según dice mi madre picarescamente.) Es una excusa del viejo para escucharla a ella. Dicen que la siguió por toda Europa. Qué bella es. No me canso de mirar su fotografía en el "Album de la Opera RCA". ¿Qué será RCA? Mientras la contemplo me ocurre algo que me da un poco de miedo. Cierro el libro bruscamente.

He ido corriendo al segundo patio. Mis hermanos se apresuran, felices de ir donde está la gente grande. Me quedo unos instantes con mi jarrón Ming. Estoy solo con él. Me acerco. Toco su boca y arrojo dentro mi mal rato de poco antes. Lo quiero porque guarda mis penas y alegrías y a pesar de ello se conserva hermoso y solemne.

Vuelta al escritorio. Me siento junto al abuelo. Retrato de mi bisabuelo por Monvoisin, al frente. Me cohibe un poco. El dúo parece cantado por dos enfermos de amigdalitis y no por los que anuncia la etiqueta del disco. El abuelo se levanta; mis hermanos han movido la perillita reguladora de la velocidad. Ahora sí. Después viene el Estudio Revolucionario de Chopin. También hay algunas Polonesas. Hoy día no. Y para los niños —como último número—, *Adieu mein kleine Garder Offizier*. Los "niños" —mis hermanos y primos— marchan

alrededor del óvalo de la alfombra. Risa de mi abuelo. Ceño fruncido de mi padre. Ya está gritando :

—¡ A comer los niños!

Orden irreplicable. Desaparecen corriendo. Llegada de mi madre. Mi abuelo se levanta. Grandes muestras de cariño y respeto. La trata no como si fuera la madre de sus nietos o su nuera, sino como si se tratase de una nieta más.

Cansancio. Perturbación. Demasiado larga la tarde. Me siento desgraciado y triste. Estado de espíritu desconsolador. Sensación de vacío. Conciencia de que he dado todo lo mío a los demás, sin dejarme ni una brizna para mí. Supongo que ni un buen recuerdo. Intuición de que han invadido mi mundo interior y pisoteado y saqueado mis dioses. Que han robado mis sensaciones, aun las que me produce la música que deleita a mi abuelo. Lo único que creo conservar y llevar hasta mi lecho es el tacto de los dibujos del jarrón Ming.

* * *

Es todo lo contrario. La sensación más difícil de volver a sentir es aquélla. Las demás permanecen con tal vitalidad que me golpean, a pesar de los años, haciéndome vibrar como

entonces. El jarrón Ming ha desaparecido de súbito. Vuelve a surgir el de greda y lo sustituye por completo. Y aunque la sustitución es plena, sé que el otro se encuentra detrás, aguardándome. Ahora, la visión es clara. Viva. Tal como *La Mujer del Baño*, de Ingres, el jarrón de greda se destaca absolutamente de todo lo demás. Parece que justamente ese "todo lo demás" fuera producto de nuestra imaginación. Luz propia. Sombras propias. Hexe. Caminamos. Goce en la planta de los pies. Flores. Árboles. Tonos brillantes. Verdedorados. Transeúntes sin rumbo. Felicidad inmensa. Conciencia de la comunidad de nuestras sensaciones. Y el jarrón aparece de improviso. Hexe mostrándolo con el dedo. Es viejo, pero sus formas brillan y se destacan. Estilización a causa del tiempo. Está lleno de tiempo. Líneas suaves y ondulantes. Su contorno. Su cuerpo. Red de sombras sobre una pequeña parte. Es un retamo reseco. La red se mueve lentamente, dándole vida. Sol que se esconde. Se desvanece ese brillo externo. Y toda la greda pulida por miles de dedos sobre ella se ilumina por sí misma. Detrás está el jarrón Ming. Son uno solo, a pesar de que el más rústico significa: tarde de primavera con Hexe, plenitud, alegría, intrascendencia; y el otro: calle Ejército, vacío, desazón, trascendencia.

No importa. Ambos son una línea suave y ondulante. Armónica: el contorno del alma de las cosas.

* * *

Pobre bisabuelo. Cómo me cohibían tus bigotes. Ahora me estimulan. Canitas Teñidas me observa. Pensará que me estoy dando importancia. O que soy idiota. Menos mal. Con ése, por lo menos, no tendré necesidad de hablar más. Ex diplomático. Tres meses de carrera. Cambio de régimen: adiós Italia. Por suerte. Debe verse ridículo con charreteras.

Me niego a ver las manos. Digo que no hay ambiente. Supongo que debo dar las buenas noches. Mis manos transpiran un poco. Una venia.

—¿Adónde vas? —Es mi madre.

—A caminar un poco. Buenas noches —digo.

—No llegues muy tarde —insiste.

Calle solitaria. Noche refrescando. Otros tonos de verde en los árboles. Los que están junto a los faroles. Pocas estrellas. Caminando adonde María. Espero que me espere. Un poco tarde.

Motocicleta que bombardea la noche. Detesto ese ruido. Es un ruido suspendido.

—Por ahí huye el alma de nuestra juventud
—ha dicho Alain.
Caminando.
Tristeza o alegría. En todo caso, ansiedad.

HA VENIDO a verme Antejos. Guarda silencio. Sabe ser humano. Debe tener nombre humano.

—¿Cómo es tu nombre?

—Leonidas.

Termópilas. Te ganaste tu nombre en un desfiladero. Muy bien. Tarde amarilla. Cielo amarillo. Árboles amarillos. Sombras amarillas. Objetos amarillos. Leonidas se salvará. "Quien tiene fe se salva." ¿De qué? De uno mismo, supongo. Le hará bien hablar. Lo escucharé con atención. Simpático porque es antipático. Hay que acostumbrarse a él.

—Estuve estudiando la partida de "peón cuatro dama" —dice con mucho aplomo.

Demasiado para que sea auténtico. Me quiere impresionar. Perfecto. Está en su derecho. Yo ya lo hice con él. Es su turno.

—¿Te piensas dedicar al ajedrez? —le pregunto—. Si es así, estudia hasta que te dé hipo. Si no, júégalo para probarte que eres más in-

teligente que tu adversario. Supongo que no será un juego de inteligencia... Aunque nunca he pensado seriamente en ello. Conozco grandes idiotas muy buenos ajedrecistas. Nada serio, salvo el amor, se practica en compañía.

Ríe. Ha olvidado el ajedrez. Mejor para mí. O peor.

Como tengo que ir donde Hexe, lo llevaré conmigo. Así podrá hablar del amor. Y de todas esas cosas que se conversan a su edad. Y Hexe estará feliz. Es muy entretenido hablar. Tendencia a generalizar impresiones propias. Es como sentirse más seguro de uno mismo. Le haría bien enamorarse. De una mujer bonita. Es demasiado inteligente para enamorarse de una fea. O tener una amante. Mejor esto último para su edad. Lo necesita más. Yo, por lo menos, así lo creía. Y era cierto. No se pierde tiempo ni se va donde no se debe. Muy útil para la inteligencia y la espontaneidad. Se madura correctamente. Es su problema.

—¿Qué estás leyendo? —pregunta.

Pregunta sin importancia. No debería responderle. Pero ya es tarde. No se lo advertí a tiempo. Yo también hago preguntas cuya respuesta no me interesa. El secreto de nuestra época a través de preguntas tontas. Imposible.

—Aristófanes: *Las Nubes* —le digo.

—¿Es bueno?

—No se me ha ocurrido planteármelo de ese modo. Es una obra de arte. Dos mil quinientos años, más o menos. Es muy interesante porque en ella Sócrates aparece visto por el hombre-masa. Es un juicio emitido por aquellos a que nunca se dirigió el viejito.

—¿Qué viejito?

—Sócrates, pues, hombre.

Se siente un poco avergonzado. Pero se le pasará. Es importante que se familiarice con los clásicos. Lógicamente esta familiarización deberá comenzar con un tratamiento cariñoso hacia ellos. Aunque quizás ese cariño nazca después de haberlos leído.

¿A quién se dirigió Sócrates? ¿A la época? ¿Al ateniense en general? ¿Al hombre de la plaza? No tiene ninguna importancia lo que piense sobre esto. Me interesa saber lo que pensaba Sócrates. Y eso sería imposible saberlo si aún viviese el viejito. Pero conversaré de ello con Alain. Porque es muy importante lo que yo crea. Por eso debo creer más tarde. Aún no es tiempo. La Polis. ¿Quiénes eran la Polis? Interesante tema. Por supuesto que no todos. ¿Cuáles no?

Silencio interrumpido por el paso de vehículos. Neutralizan toda armonía. O la matan. Otro símbolo de época. Pero es demasiado vul-

gar. Muy manido. No sirve. Es otra la clave. U otras.

Habrá que salir. Iremos a ver a Hexe. Muy femenina. Leonidas se sentir  como en su casa. Y será gracioso el coqueteo de Hexe para con él. Como siempre, tocar  la Sonata *La Tempestad*. Choque emocional-erótico-espiritual, en Leonidas. Supongo que todo eso será lo mismo.

Hora sin destino. Gente sin destino. Nada ocurre a esta hora. Jamás. Estómago un poco lleno. O mucho tabaco. O mucho nada. Pesa mucho la nada. Heidegger. Olor a pavimento caldeado. Somos faquires occidentales. Camino de brasas incoloras. Inodoras. Ins pidas. H O. Química. Fórmulas. Papel en blanco. Interrogación. Profesor mirando. Ignorancia. No puedo copiar. Colegio. Calor. Afuera de clases la primavera estallando. No resisto más. Saco el libro.

— Qu  está haciendo usted? —me grita el profesor.

—Voy a copiar, porque no tengo idea.

—Tiene un UNO. Y váyase para afuera el impúdico.

Salgo. He conquistado la libertad. Corro por el patio desierto. Soy feliz.

* * *

Caminando con Leonidas.

Movilización colectiva. Debemos tomar ese bus. Chofer de anteojos verdes. Olor a transpiración. A multitud. A masa. A trabajo. A pereza. Gentes colgando de un brazo. Peces en una ola. A la oficina todo el mundo. Es parte del tormento. Supongo que si me apretara tanto a esta mujer en la calle, sería otra cosa. ¿Por qué aquí no? Mucha gente, supongo. Bonito cuello. Tez obscura. Leonidas me mira. Sonríe como por compromiso. Conquistas en buses: años enteros de mi adolescencia. La que fuera. La gorda pintora. Transpiraba. Habré sido su primer niño. Buena experiencia para una mujer. Para mí también. Un poco de asco después. O mucho. Hablamos de Kandinsky. Yo no lo conocía. Y no me gustó a primera vista. Le hablé de mi afición por Klee. "Muy simple", me dijo.

Viento revolviendo los malos olores. Es el aire colado por alguna de las ventanillas abiertas a medias. Cada día resisto menos los malos olores. Aseo. Dura demasiado el viaje. Cristo en buses colectivos. Cargando su cruz. Gente en vez de cruz. Todos en un saco. Humanidad a cuestras. Símbolo de la cruz. Muy hermoso. Demasiado divulgado. Como Chopin. No habituarse jamás a la belleza. Hay que recibirla siempre como algo extraordinario. Hay mucha

belleza. Es preciso seleccionarla. Nada en grandes dosis.

—¿Falta mucho? —pregunta Leonidas.

—Más o menos —respondo.

Supongo que para llegar. Mujer que me mira. Bella pero ordinaria. Si la miro como deseo, dejará de interesarse. Indiferencia. El mejor sistema. ¿Para qué? Para lo mismo que ella. Deberían inventar una maquinita para saber con exactitud. No habría ningún problema. En vez de perder el tiempo inventando otras cosas que no sirven para nada. Prohibir los inventos. Que la humanidad se las arregle con los que hay. Que son bastantes y peligrosos, por lo demás. A ver qué pasa. Debe ser oficinista. Con el jefe. O el portero. (Descubrió la posibilidad del abrazo con un hombre rústico, leyendo la *Lady Chatterley*; lo único de provecho que obtuvo.) Solteroncita. Noches de insomnio. Chistes groseros en los baños, con las compañeras. Se imaginan más de lo que es. O menos. Nunca lo que verdaderamente es, hasta que se topan de pronto. Arrepentimiento de tantos años perdidos. Olor a solterona. Serán las hormonas que trabajan en vano. Carcamales. Término de Alain y Carmen. Etimología de carcamal. Carca. ¿Qué será carca? Carca. Carcamal. *Carcamalis giganteus*. Especie común de la sociedad actual. Tendencia gregaria. Cultivan perros o

gatos. Tienen papá o mamá o tía o tío. Islotes de nadie. Tierras vírgenes visitadas en avión. Ponerme los anteojos; la cabecita duele. Un poquito. Astigmatismo. El Greco. Debe ser mentira. Por lo demás, no tiene ninguna importancia. Los colores. Trazos largos. Pintados a gritos. Cuartetos durante el almuerzo. Manos ansiosas. Manos dolientes. Manos humanas. Pinceladas como torbellinos de dolor. Todo el dolor en una pincelada. Marcelo me mostró al Greco. Debería llamar a Marcelo. Hace tiempo que no lo veo. Supongo que seguirá equivocado. ¿Y qué importa? Porque se trata de "su" problema. Fuimos buenos amigos. Y dejamos de serlo paulatinamente. Hasta que al último ya no lo podía soportar más. Y no podía comprender cómo antes sosteníamos largas conversaciones sobre arte. Lo llegué a considerar un perfecto estúpido. (Como de hecho lo es.) Sin ninguna idea original.

Esa pareja sentada un poco más atrás es horrorosa. Qué mezcla más insulsa. Pobres hijos. Serán tan feos o más que sus padres. Y sin gracia. Qué familia. No tolero la fealdad. No la perdono. Se es feo porque se quiere. La fealdad tiene mal olor. Y el mal olor tiene fealdad. Círculo vicioso. Ambos sabrán que son horrendos. Y así y todo se casaron. Hay quienes se interesan por lo monstruoso. Julián.

Pinta monstruos. Los encontrará bellos. Es importante conversar sobre la belleza. Es una estupenda forma de conocer a la gente. Yo diría en una conferencia sobre estética: "¡Ejem! La belleza es para ser expresada. La emoción estética debe encontrar su expresión para que tenga valor. A mayor inteligencia y cultura, mayor facilidad de expresión. ¡Ejem!" Aplausos. Tan estúpida como cualquiera otra conferencia. Pero con respecto al problema estético podría ser que estuviese equivocado. Aunque no mucho. Pensaré más largo sobre ello. Nunca estamos demasiado equivocados. Salvo cuando lo estamos del todo.

Veredas color bermellón. Árboles resacos. Prisioneros del cemento. Indiferencia vegetal. No se ve el cielo. Supongo que no lo vería de ningún modo. Ni siquiera estando fuera de este bus. El calor oculta al cielo. El color celeste refresca. Ojos celestes. La gente continúa apretándose. Y pasándose a llevar. Cada cuerpo tiene un olor diferente. Mal olor, en general. No debería viajar en esto. El pueblo es sucio. En todas partes. La muchedumbre hiede. Es que no tienen baños. El aseo es agradable para los que tenemos agua caliente y tiempo. Martirio para los que ni siquiera poseen agua. Baños y escuelas: estupendo programa político. Votaría por aquél que por lo menos lo di-

jera. Carcamalis me mira. Como la he sorprendido, baja la vista. No volverá a mirar hasta que baje. Queda menos camino por recorrer. Ya casi estamos llegando.

—Nos bajamos en dos paraderos más —le digo a Leonidas.

—Ya —me dice, con mucha seriedad.

Es serio. Pero no es grave. Toma demasiada responsabilidad de su papel. La vida no es tan seria. Pero mucho más de lo que piensa su generación. Cuesta tanto llegar hasta la puerta. Es difícil entrar, pero más difícil salir. Siempre ocurre así.

¡ Ya estamos abajo!

Caminar bajo el sol. Cambian los colores. Se diluyen. Se atenúan. Desaparecen. Pero depende de la hora. Calle desierta. Desea hablarme. No podré impedir que lo haga. Por él mismo, preferiría que no lo hiciese. No tiene nada que decirme. No tengo nada para responder. Es inevitable.

—Me arrugaron completamente el libro en el bus. Mira cómo me lo dejaron. —Me muestra las tapas un poco ajadas.

—Son bárbaros más sucios que los secuaces de Atila. Supongo que si cabalgaran cocerían sus *beefsteaks* bajo la montura —le respondo.

Ríe. Cree que es chiste. No puedo decirle que he hablado en serio. Creería que estoy di-

ciéndole otro chiste. Rosales sin rosas. Verde descolorido. Espinas minúsculas tras cada hojita. Rojas o café obscuro. ¿De qué color son? Bueno, hemos llegado. Tocar el timbre.

* * *

Alegría de estar con Hexe. Está radiante. Leonidas, muy nervioso. Ambos tratan de impresionarse. A la postre el impresionado será Termópilas. Volverá solo. Y la llevará al teatro. Comprará caramelos. Chocolates, si tiene dinero suficiente.

Me gusta oírlos conversar. Se desinhiben lentamente. Es bueno desinhibirse. Es la única manera de investigar nuestra propia alma. Porque los demás ya no nos importan. No nos interesan. Ahí está el secreto: vivir desde nuestras propias esencias. Es preciso descubrirlas. Reconocerlas. Porque nos amamos a nosotros mismos es que podemos seguir viviendo. Ese es el amor base. Los otros amores vienen después. Y son absolutamente necesarios. Tanto, que el primero nunca se olvida. Es el mejor de todos.

—Porque es frustrado —dijo Carmen, cuando conversamos de ello.

Pero no es por eso. Aunque coincidencialmente el mío lo fue.

Teníamos la misma edad : ambos impúberes. Sus ojos, azules como si todo el azul del mundo se hubiese concentrado allí. Y reía con ellos mucho antes de que su risa asomara a sus labios. Cuando la vi por primera vez me aferré a esa risa y no me he separado más de ella. Es mi primera poesía. Estoy de pie junto a ella, mientras sostiene su bicicleta.

—¿Te pegaste fuerte? —le pregunto.

Aparece su risa. Una carcajada de azul. Sé que la amo, aunque no conozco el amor. Es en ese preciso instante cuando lo descubro. Y me llena, me inunda. Desbordándose en movimientos torpes de mis manos, que sostienen el manubrio de su bicicleta. Es algo tan inmenso que me asusto y quiero huir y no verla nunca más. Ante la sola idea de separarme y dejar de verla se aprieta mi alma en un nudo cuyo dolor no soporto.

—No. Un poco no más —me dice, ruborizándose.

Desde ese momento tengo conciencia de que no podré separarme jamás de ella. Siento que tengo necesidad de verla otra vez. De verla todos los días. Y a cada hora. Y quiero irme para tener que encontrarme con ella. Para buscarla y decirle muchas cosas que no puedo decírselas en ese momento. Pero el sentimiento predominante en mí es la vergüenza. Tengo vergüenza

de mi existencia. Como Adán. El maniático de Jehová —que ya ha castigado la belleza de Luzbel— pregunta al primer hombre que se ha escondido a contemplar la maravilla de su primer amor: “¿Dónde estás tú?” Y él respondió: “Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; y escondíme”.

Estamos como desnudos. Y tenemos vergüenza de nuestra desnudez porque los Jehovás nos preguntarán que dónde estamos. Y no podremos responderles la verdad: estamos contemplando nuestro amor.

—¿Te quieres casar conmigo cuando seamos grandes? —le pregunto, casi en un grito.

Está seria. Como nunca he vuelto a ver a una mujer. Con una seriedad profunda, cargada de significado.

—Sí. Sí quiero —responde.

Y me voy corriendo a casa. A esconderme. El mejor sitio para hacerlo es mi escritorio. He perdido el Paraíso. Al salir —cuando ya es tarde y el día se pierde para contemplar las primeras estrellas— veo a los ángeles con sus espadas de fuego custodiando la entrada del Paraíso. No tengo ninguna gana de jugar con mis hermanos. Ni con nadie. Estoy serio. Nunca más podré ser irresponsable. He conocido la raíz de la ciencia.

¿Y qué pasó después? Que dejé de verla al

cabo de dos años en que nos veíamos a diario. Y nos amábamos profundamente, tanto, que jamás hablábamos de ello entre nosotros. ¿Para qué? Si desde la soledad cada acto que ejecutábamos era una oración para el otro. En un verano como éste, en que me fui por quince días, de invitado a la playa, al volver supe que ya no vivía al frente. Que su familia se había mudado. Y tuve vergüenza de preguntar su dirección. O creí que en cualquier instante la vería de nuevo. Y esa esperanza, junto con mantenerme vivo, mató la mínima iniciativa para dar con ella. Porque así como mi amor era mágico, sobrenatural, yo esperaba un acto de esa naturaleza para volver a verla. Pero no la vi más. Y ahora que han pasado tantos años, ¿qué ganaría con buscarla?

* * *

Hay que llegar hasta nuestro propio destino. Nada que provenga de los demás nos sirva. Aceptar lo que se nos da es detenerse en la ruta. Y ya es un poco tarde para detenerse.

Viento filtrado entre cortinajes de cretona. Flores pintadas. Cadáveres de la botánica. No nos contentamos con asesinar a las flores separándolas de la planta. También dibujamos sus cadáveres en los paños. Y es horroroso escuchar :

—Qué bonitas las rosas de esa cortina.

Nada repetido es bello. Aunque pedimos belleza incansablemente. La exigimos desde que la hemos descubierto. Emoción estética: sensación de caricia en el revés de la piel. Desde adentro hacia afuera. Parece que nosotros mismos creamos la belleza cuando la encontramos. Inclusive, da la impresión de que hemos tenido esa sensación con anterioridad. Una flor bella: la que más se parece a la flor bella que hemos inventado. O sentido. Sentir es, en todo caso, recrear. Las cortinas deberían ser de un solo color. Evitar las cosas en serie. Porque son otro símbolo frustrado de nuestra época. Todo al alcance de todos.

Hexe sigue hablando. Leonidas fascinado. Es una fiesta para su espíritu. Una orgía. Ella se ha dado cuenta desde el principio. Le encantaría que me fuese. Entonces podría decirle cosas que lo impresionarían mucho. Yo ya las he escuchado. O dicho. Lógico. No le sirvo. Hemos sido siempre los mismos. Mucha confianza. Demasiada. No podemos estar largo rato juntos. Nos destruimos. Porque nos parecemos demasiado. Es malo parecerse. A la gente. A las cosas. A los animales. Hay que ser distinto. Auténticamente. Es una vulgaridad buscar almas gemelas. Decirlo es vulgar. Pensarlo también.

—¡Pero tú no conoces a Hölderlin! Te voy a leer este trozo —dice Hexe.

Se ha levantado. Va hacia su estante. Leonidas la mira absorto. Expectante. Debe parecerle una monstruosidad la especie de deseo que siente por ella. Es que no sabe de qué tipo es ese deseo. Le parece monstruoso porque es indefinido. Impreciso. O físico o espiritual. La quisiera poseer. No cabe la menor duda. ¿Pero cómo? ¿De cuál de las dos maneras? Ahí reside su problema. Por ello prefiere suponer que es un estúpido. Y avergonzarse un poco. Prefiere la vergüenza a la claridad. Es más corto.

—¿Y tú, conoces a Novalis? —pregunta.

No ha podido quedarse callado. Comienza el inventario de sus lecturas. O de las que no ha realizado el interlocutor. Termópilas está perdido. Ha elegido el peor camino para lucirse. Hexe ha leído bastante. Y lo que no ha leído lo supone con mucho acierto.

—Sí, por supuesto. Ahora no tengo nada suyo aquí. Es una pena. Podríamos haber leído algo. Fíjate que el otro día...

Me encantan. Tanto que no puedo dejar de hablar. Conviene asombrarlos un poco. O bastante. Aunque a Hexe sería mejor buscarle por este lado:

—Debo decir como Bloch...

—¿Qué Bloch? —me interrumpe Hexe.

—El de Proust —respondo.

—¿En qué parte? ¿En *Sodoma y Gomorra*?
—insiste.

—Ahí casi no existe Bloch, niñita.

Hurguetea entre sus libros. Un poco molesta. Leonidas muy afectado. No conoce a Proust, pero ha oído hablar de él. ¿Qué pasaría si yo no lo hubiese leído? Al sacarlo de mí, el vacío que queda es tan grande que sólo podría ser llenado con... Proust. Pero no es ése el problema. ¿Se puede ignorar a Proust? Supongo que simplemente no se puede. Termópilas, seguramente, ha oído hablar más de él que de Novalis. Pero se traicionará. Querrá seguir sabiendo de Hölderlin porque trata de comunicarse con ella. Y le pedirá prestado un libro. Y todo lo demás. Quiere impresionarla cuando vuelva a verla. Está en su derecho. Yo hubiese hecho lo mismo a su edad. Y quizás ahora, bajo ciertas circunstancias. ¿Quién sabe? Aunque sería probable encontrar una excusa que me hiciese suponer que se trataba de una situación especial que me hacía reaccionar así. Y, por último, tampoco me daría cuenta de que me estaba traicionando a mí mismo.

Caras alteradas. La luz que cambia. El día que comienza a ser tarde.

Leen a Hölderlin. Delicioso.

...und der Mut des Gestirns war ob ihm.

Hacia años que no recordaba al "romántico Romántico". ¡Qué maravillosos adolescentes fueron! Romanticismo: época de adolescentes de todas las edades. ¿Cómo habrán podido mantenerse puros a través de esa época estúpida en que vivieron? Hölderlin. Su palabra me llega desde Hexe. Podría permanecer horas enteras escuchando. O quizás no resista dos minutos más. Porque hay que estar preparados para leer a los románticos. Es necesario un estado de ánimo especial para encontrarse con ellos. Así, de improviso, es demasiado. Deberíamos estar preparados para todo. O para nada.

—Es estupendo —dice Leonidas.

¿Sabrá alemán?

Quiere agregar algo más. Desea que su comentario sea más interesante que lo que le han leído. Todos hacemos lo mismo. Aunque lo negamos. Como todas las cosas. Hay que compartir la belleza. Supongo que será ése un estímulo más. La emoción estética producto de la belleza. Transmitir y compartir lo hermoso. ¿En qué momento?

—Algún día —digo en voz alta.

—¿Qué dices? —me pregunta Hexe.

—Nada.

O todo. Siempre es igual. Hay cosas que dichas lo significan todo o nada. Por sí mismas. Depende de quien las diga. O depende del momento.

¡Cómo se sigue deteniendo el tiempo! Supongo que para siempre. Y somos nosotros quienes lo podemos hacer andar. O correr. Pero sólo en torno nuestro. En círculo. O sea que da lo mismo. Es el movimiento de rotación que apenas sirve para provocar la fuerza centrífuga. O centrípeta. ¡O qué sé yo cuál! Centrífuga. Inútiles de todos modos. Debo hablar.

—Cuando tenía tu edad, Leonidas, conocí a Hölderlin por intermedio de Hermann Hesse. Bueno, en realidad, por su intermedio conocí casi todo lo leído durante mi adolescencia. Y curiosamente, no sólo lo leído. Viví mucho como un...

—¿Tú crees que Hesse es para adolescentes?

Hexe hablando. Repitiendo lo que ya hemos discutido. Estoy seguro de que quiere que sustente la misma tesis de la otra vez. Porque ella tuvo la razón. De veras que no lo reconocí entonces. Después sí. Debo darle en el gusto. Tiene que derrotarme en público. Pagar mi culpa. Expiarla. Será feliz de volver a tener la razón.

Se tiene tan pocas veces la razón, que bien vale la pena darle en el gusto. Sobre todo si no nos cuesta gran cosa. Escuchar lo que ya hemos escuchado.

—En cierto modo sí, Hexe —le digo.

—Tú no cambias. Sigues tan porfiado como de costumbre. Ya te dije una vez que...

El resto lo conozco. Leonidas no. Aunque es probable que sea inútil que lo sepa. Conmigo, es como remachar un clavo ya enterrado. Por lo menos ha tenido la gentileza de recordar que ya habíamos conversado antes sobre el mismo tema. Hace menos calor. El amarillo de la atmósfera ha dejado paso al rosado. Súbitamente. Ahora hay dos atmósferas en la habitación. Superpuestas. La de la pieza misma y la de afuera.

Las manos de Hexe en el aire. Las prefiero en el teclado. Hay manos que de ser pájaros serían tórtolas. Otras, gaviotas. O picaflores. O aves de rapiña. Las de Hexe serían tórtolas huyendo. Hay ideas que se expresan con las manos. La boca y las manos: el sexo y el alma. Yo no podría expresarme sin mis manos.

Mirarse las manos.

Lo más bello del hombre. Y los senos de la mujer joven. Es agradable mirarse las manos. No hay voluptuosidad sin ellas. Hay manos con muchos dedos.

—Tienes razón, Hexe. Y ahora, ¿por qué no nos tocas algo al piano? —le digo.

—¿Qué toco?

—Scarlatti.

—Beethoven —dice Leonidas.

Tocará Beethoven. También Scarlatti. Pero después. Sonatas. *La Tempestad*. Después algunas Venecianas de Scarlatti. Esa con trinos. El fauno está quieto. Picasso le enseñó a ser respetuoso cuando le dio la vida.

Leonidas se concentra. Y no encuentra mejor manera para hacerlo que cerrar los ojos y abrirlos de tarde en tarde y mirar hacia arriba. Diríamos que está emocionadísimo. Pero no con la música. Y yo que ya no me emociono con nada. Ni siquiera con la idea de que voy a emocionarme. Extraño que Hexe no me haya hablado aún de la niña hermosa que preguntó por mí el otro día.

Arpegio como un arpa tocada por el viento fuerte. Es *La Tempestad*.

—¡No lles el compás con tu pie! —me grita.

Ahora está feliz. Era lo que le faltaba para completar su *mise en scène*. No podré decirle que a lo mejor ésta es la última tarde que pasamos juntos. Sería melodramático. Y es demasiado serio morir como para decirlo a modo de despedida.

PASOS SOBRE el cemento. Como piedras arrojadas al agua. Piedras planas. Lanzadas desde lo alto. Por alguien que no tuviese otra cosa que hacer. En todo caso, sería mejor que caminar así. El ruido sería más puro. Y más nítido. O quizás no. De todos modos resultaría mejor producir ese ruido voluntariamente que someterse a la idea de que es un subproducto de la marcha. Si arrojase las piedras podría afirmar: ruido como el de pasos sobre el cemento. ¡Ah! Pero tendrían que ser estos pasos.

Hace bien caminar. Sin llegar hasta el cansancio. Hay que ir a alguna parte. No a ninguna. O sea, no hay que huir. Ni siquiera de uno mismo. Aunque sea vulgar pensarlo. Pero las cosas no son vulgares porque se piensan o cuando se piensan, sino cuando se hacen o dicen. Además es una tontería, porque se trata de no huir. Sí. Ahí está el secreto. En general pasamos la vida huyendo. Escapando de

la muerte. No obstante, corremos hacia ella. Como el que se pierde en el Polo, que camina en círculo. Se llega siempre al lugar de partida cuando se huye.

He estado huyendo siempre. Aparte de la *Gran Fuga*. Estupendo nombre para la vida. ¡Gran Fuga! En tono mayor o menor. No hay que cambiar de tonalidad. Si se empieza en mayor hay que terminar en mayor. Pero, aparte de eso, me he llevado en pequeñas fugas. Tratando de huir del tiempo, por ejemplo. Y las veces que he creído alejarme más son las que he estado más cerca. En el fondo, he ido al encuentro del tiempo. La jaula. Tal como caza el chuncho al pájaro enjaulado. Con las alas abiertas sobre la rejilla. Entonces el prisionero trata de huir. Comienza a huir. Vuela alborotado en su pequeño espacio. Vuela desenfrenado. Huye. Huye del chuncho. Se estrella contra los barrotes de su celda (alambres que bien podrían protegerlo). El chuncho espera, tomado con una garra de uno de los barrotes. Las alas extendidas abarcando la mayor superficie posible. Y el prisionero huye. La otra garra espera. Vuelan las plumas. Y el esclavo atraviesa mil veces el aire enfermo de su prisión. Y huyendo, en uno de sus estériles vuelos, despavorido, cae por sí solo en la garra que lo aguarda. Primero son los ojos. Después

el cerebro. Y después... ¡No! No hay que huir. Menos del tiempo. Quedan sólo las plumas en la jaula.

Después de todo, la única realidad que poseemos es la del tiempo vivido. Somos la suma de nuestras experiencias. De nuestras propias experiencias. Lo ya vivido es nuestro presente. No hay otro. Ese que nos parece presente, quizás sea nuestro mañana. Quizás. Sólo a condición de que lo vivamos con tal intensidad que dejemos jirones de nosotros mismos en cada instante vivido. Somos lo que hemos sido. Seremos lo que estamos siendo. Es horroroso ver los ojillos del chuncho brillando. Porque todo esfuerzo es inútil. Se cae siempre en sus garras.

Cuando vi aquello era muy niño.

Días bellos. Algunos se quedan completos dentro de nosotros. Bastaría uno solo para justificar muchas cosas. Pero nos habituamos a todo. Entonces llega el fin de la conciencia que hemos tenido de su belleza. Porque su hermosura es independiente del dolor o del placer. Pero nos acostumbremos a ella. Y se acaba. Hay que empezar a buscar de nuevo. Y así sucesivamente. No debemos quedarnos jamás. Tenemos que hurgar nuestro "mundo sensible".

Un, dos, tres, cuatro. El largo de mis pasos.

Cambia cuando me fijo en ello. La tarde. He sido muy desgraciado ahora último. Debería continuar siéndolo. Porque es mejor que no tener ninguna sensación predominante en uno. Nuestra época podrida porque no ha reconocido la autenticidad de la angustia. Hemos vivido tratando de superar, por medio del placer, nuestro sufrimiento. Y cuando el dolor nos ha causado placer, lo hemos preferido. Una especie de hedonismo. Pero negativo, porque no queremos reconocerlo. Y no se trata de llegar a la sensación contraria al dolor. En sí misma, la angustia es tan maravillosa como la plenitud.

Fines de invierno. Es temprano. Mi "mama", tomándonos de la mano, a Rodrigo y a mí, como dos pesados bultos, se las echa a andar apuradísima.

—Para que no lleguen tarde los niños —murmura ante la sonrisa divertida de mi madre.

Manos grandes. Duras. Siempre secas. Como papel de lija. Las mías transpirando constantemente. Reblandeciéndolas de a poco. Y cuando ya no necesitábamos atravesar ninguna bocacalle para llegar al colegio, las soltaba exclamando:

—Benaiga que le sudan las manos, patroncito.

Y se santiguaba al pasar frente a la iglesia.

Señal de libertad. Podíamos correr. Eramos libres. En la entrada estaba el Padre Ministro erguido como un poste.

—*Bonjour, mon Père* —gritaba sin detenerme.

Vaya a saber uno qué le contestaría. Porque se trataba de llegar primero al patio. De ganarle a Rodrigo. Aun con trampa. Como botar su bolsón con libros pegándole súbitamente con el mío. O partir primero. Había que ganar aquella carrera. Era muy importante hacerlo. Acto de supremacía sobre el hermano menor. Era un asunto exclusivamente mío. Mi padre desdeñaba las proezas físicas tratándose de mí. No ocurría lo mismo con las de Rodrigo. Pero había que ganar por eso. No tenía ninguna gracia que supiese más que mi hermano menor. Porque me obligaban a estudiar. A estudiar mucho. Con castigos. A pesar de las buenas notas. Siempre se podían obtener mejores. Supongo que el que yo fuese más o menos ágil me importaba un bledo. Aunque tenía conciencia de que a Rodrigo lo querían los inquilinos por lo atleta y despreocupado que era. Y a mí me temían o me odiaban. Porque mi autoridad era tan grande como la de mi padre. Había que formar mi personalidad y educar mi carácter. El don de mando. En realidad, se me entregaba un poder estúpido y

perjudicial. Abusaba de ese poder. Llegando a la crueldad y a la injusticia. O no. En la medida que puede ser cruel o injusto un niño. No necesitaba poder. No quería eso. Vivía ávido de cariño. Además necesitaba comprender algunas cosas. No muchas. La cara del Padre Roberto, por ejemplo. Pálido y aburrido en clase de aritmética. Como si estuviese taciturno. Cara de pena. Mil veces por preguntar a mi padre la razón de aquello. Y no lo hacía porque estaba seguro de que para él no tenía ninguna importancia. Pero era vital su respuesta. Intuía mi decepción por el tono que imaginaba usaría para responderme. Era tan importante para mí. Esas eran las respuestas que yo precisaba. Respuestas importantes. La saciedad de mis dudas dependía del modo de encarar esos temas. Como una especie de instinto de conservación de una fuerza que intuía como capaz de protegerme de todo aquello que me desviaba de un camino entrevisto mil veces. Un destello. Sin embargo, estaba seguro de que era mi destino final. Era una ruta de la que apenas poseía parcialidades, pero que me atraía irresistiblemente. La atracción que provoca el abismo. Lleno de espinas. Lacerante. El caminar por ahí sólo me produciría dolor; no obstante, el no recorrerlo y, por el contrario, usar la ruta que se me ofrecía constan-

temente, me parecía monstruoso. Pero la vivencia estaba vedada por gruesas nubes que me impedían darme cuenta cabal de lo que se trataba. Eran visiones esporádicas y vertiginosas. Sabía de la existencia de una relación entre la pena del Padre Roberto y su especie de perversidad para con aquellos que no se aprendían las tablas de multiplicar.

La vez que quebró la regla centimetrada en la cabeza de Polilla Ochagavía, su rostro estaba peor que nunca. Sus ojos brillaban —estoy casi seguro— de contento con los alaridos y las muecas de dolor del pobre Polilla.

También había una relación entre el perfume de los hinojos junto al canal y la sensación de plenitud y paz que me proporcionaba caminar respirando ese aroma. Ningún interés en saber que los hinojos eran malezas. O que la paz la alcanzaban los justos. Convencimiento de que yo distaba mucho de ser "justo". Sin embargo, paz y plenitud. Paz auténtica. Mía. Verdadera. Mucho más grande que la que alcanzaba al comulgar. Trascendentalismo de los temas. Y espanto de saber que teniendo la hostia dentro de mí, no se producía ningún milagro. Salvo un poco de miedo por la posibilidad de que se me hubiese quedado un trozo entre los dientes y llevase a Dios durante toda la mañana en mi boca. En cambio, ese milagro

que no se daba con la comunión se producía con el olor de esa filigrana verde obscura. Y podía masticarla sin temor a nada. Los tallitos más tiernos eran los más sabrosos. Mis hermanos y primos masticando hinojos para que no les sintiesen el olor al tabaco de sus primeros cigarrillos.

—Oye, Segundo, oye —decía Rodrigo.

—Diga no más, patrón.

—¿Por qué usará bastón el “viejo” de caligrafía?

—Ni cojo ni tuerto “güeno”, patrón.

—¡Ah! Ahí está. ¿No ves? —y me miraba levantando las cejas.

Monsieur Morand y su bastón. Primera Guerra Mundial. Un casco de granada. Me daba indignación la respuesta del vaquero. Pero más aún la pregunta de Rodrigo. Y su cara de satisfacción con la respuesta. Conciencia de que eso no podía ser tratado así. Me indignaba.

—¡Andate a la mierda, Segundo! Monsieur Morand peleó en la guerra. Por eso usa bastón.

Segundo me mira socarronamente. Luego hace sonar un poco las espuelas y responde:

—Pero no hay ni cojo ni tuerto “güeno”.

Amargura. Rabia. Impotencia. No sé explicar algo que yo tampoco comprendo. La he-

rida de Monsieur Morand: efecto de una causa que me era desconocida por completo.

—La voluntad de Dios —me dijo el confesor.

Eso era estúpido. Increíble. No cabía dentro de la idea de su bondad. Era cruel y sin sentido. Un vacío inmenso dentro de mi buena fe.

—Créalo desde el fondo de usted —agregó el confesor.

Justamente como no se puede creer una atrocidad semejante. La respuesta dentro de mí mismo. Impotencia para aprehenderla. Respuesta escapando. Entonces y ahora. Y siempre, supongo. La conformidad de Rodrigo: indolencia. Y el interés de Segundo: rusticidad. No se podía estar arrodillado con un trozo de pan sin levadura en la boca, pensando todo aquello. No sintiendo nada. ¡Oh! Y la respuesta de mi padre.

• —Usa bastón para ayudarse a caminar. Y esa paz de que me hablas es producto del oxígeno que hace trabajar tus pulmones y tu corazón en óptimas condiciones.

Odio por la respuesta. Otro mi problema. Incapacidad para expresarlo como quería. Y ese disfraz era tan repugnante como la pregunta de Rodrigo y la respuesta de mi padre o del vaquero. Entonces permanecía horas enteras

frente a una hoja de papel en blanco tratando de decirme a mí mismo qué era lo que quería saber. Y era lo del bastón y mucho más. Pero la hoja continuaba en blanco.

Una de esas tardes al salir de mi escritorio fue cuando vi aquello. Ya estaba anocheciendo. Colores de acuarela en el cielo. Cielo parejo, como acuarela de principiante. Con algunas manchas de azul más oscuro en las que se aglutina el agua en una poza de papel. El corredor solitario y soñoliento. En el pilar de frente a la araucaria, la jaula con el jilguero cantor. Una sombra cruza la última luz de la tarde. Un aletear pegajoso. Me quedo inmóvil. Un aullido de perros más allá de la pastería. El aire trae un poco de olor a establo. El chuncho se ha posado en la jaula tomándose con una pata de uno de los alambres. Mi corazón late con tal fuerza que debo respirar con la boca abierta. Una curiosidad morbosa me mantiene quieto. Atornillado al ladrillo resquebrajado sobre el cual estoy. Presintiendo una tragedia que puedo impedir con el más leve movimiento. Pero la curiosidad es más fuerte que el espanto que me enloquece. Golpes de alas. La lata del fondo de la jaulita retumba como si de tarde en tarde cayese una piedra sobre ella. Hasta que de pronto un chillido seco: un grito de triunfo del ave de rapiña. Después, un

crujir de huesitos y de carne macerada por las garras. Cuando me lanzo sobre la jaula ya ha ocurrido todo. El movimiento lo he realizado precisamente cuando estuve seguro de que con él no remediaría nada; ni menos impediría lo que ya había ocurrido. Descuelgo la pequeña celda y allí dentro hay un manojo de plumas y sangre. Corro. Corro desesperado. Me encuentro, de pronto, en el escritorio de mi padre, con la jaula entre mis manos frenéticas, dando gritos.

—¡Fue el chuncho! ¡Fue el chuncho!

Y mientras más repito aquello, más culpable me siento. Mi padre se ha levantado y tomando la jaula en sus manos dice:

—La supervivencia del más apto.

Es horrendo. Lloro. A torrentes. Tengo miedo de que mi padre, que contempla aún el cadáver del jilguero, note mi llanto —no soporta que lllore bajo ningún pretexto—, y me voy dando sollozos hasta mi pieza.

Algunos días más tarde, le pregunto al abuelo en qué consiste la supervivencia del más apto. Y cuando ha terminado de explicármelo, vuelvo a llorar.

Debo contarle al abuelo lo del jilguero. Se ha puesto serio, muy serio.

—Pero, Tata, si lo peor es que estaba preso

por nosotros. Si hubiera sido libre, habría podido arrancar.

Me mira y mueve la cabeza. Está preocupado.

—Me temo —dice, como dirigiéndose a otra persona que hubiese en la habitación— que este niño no servirá para la política.

Con un leve ademán me indica la puerta. Quiere quedarse reflexionando a solas.

* * *

Pasos como éstos, sobre el corredor norte. El mismo ruido. Entonces, con todo el peso de mi desazón; ahora, huecos. Un, dos, tres, cuatro. La tarde como ésta. Así fue cómo empecé a huir del tiempo. Y de mí mismo. Mientras más corría, más me acercaba. Viví desparovido. Aferrándome a las cosas, porque eran más importantes que una fe que había perdido o que no había tenido nunca.

* * *

Invitado a comer a casa de Alain. Carmen me prometió que tendrían erizos. ¡Qué rico! Menos mal que ya estoy cerca. Tocar dos veces el timbre, para que se sepa que soy yo.

Alain en su escritorio. Leyendo a Plotino. Sonríe.

—¿Lo molesto?

—No. Preparaba algunas clases, comienzan la próxima semana.

—¿Tan pronto? —pregunto un tanto desconcertado—. No estoy preparado para ver las mismas caras ni para oír las mismas cosas. Para enfrentar responsabilidades, por último. Porque hay que estar preparado para hacerlo. Más aún, cuando falta poco para terminar. ¿Me escucha, Alain?

Reflexiona.

—Tener algún aliciente sería una forma de estar preparado. O no tener miedo. Un miedo espantoso y disfrazado, que es el peor de todos porque vive oculto hasta de nosotros mismos.

—Debe superar sus estados de ánimo —me dice Alain.

—¿Superar la angustia que me ahoga?

—Toda nuestra época vive angustiada. Desde ahí tenemos que partir, y por el hecho de ser más difícil, es más valiosa.

—¿Y para qué? —insisto.

—Para nada. O, si usted quiere, para lo mismo que trata de explicarse. Vivir ya es una explicación.

Supongo que tendrá razón. Pero eso lo ha descubierto él mismo, lo cree y lo siente. Yo tendría que conocer esencialmente la experien-

cia que trata de transmitirme. De nada me sirve "su" experiencia. Descubrir y creer. Fe y razón; conciliables cuando nacen juntas.

Golpes en la puerta. Justo cuando iba a decírselo a Alain. La pieza llena de humo. De mi humo. Humo con microbios alimentados por mí. Criados con mi sangre. ¡O mi qué sé yo qué!

—¡Qué bueno que ha llegado! ¿Quieren bajar o les sirvo aquí mismo un juguito de tomate?

Me levanto. ¡Qué hermosa es Carmen! Más bella aún estando embarazada. Veo al hijo en sus ojos, húmedos, como seguramente estarán sus entrañas. Con la misma obscuridad de la nada que fue principio de la vida.

—¡Cómo está, Carmen! Hay que preparar el estómago para los deliciosos erizos. Veo que ha recibido visita del Angel del Señor.

Ríe maternalmente. Alain, por supuesto, lo hace paternalmente.

Le digo a Carmen que Leonidas vendrá a buscarme después de comida. Tiene que conversar conmigo, dijo, urgentemente.

—Cuando lleguen los invitados, les avisaré para que bajen.

No sabía que vendría más gente a comer; es una desgracia tener que ver a otros seres. Alain está en silencio. Espera que le hable.

Sabe que tengo algo trascendental que decirle.

—¿Usted ha pensado alguna vez en el suicidio? Al menos como solución —le digo.

Sus manos ordenan algunos tomos que están a su alcance. Su vista huye de la mía. Reflexiona. Siempre lo hace sopesando previamente los términos. Es para darle el justo significado a cada uno de ellos. Les quita toda espontaneidad a sus respuestas, premeditadamente.

—Sí, efectivamente, pero siempre queda algo por qué luchar. Tremenda época la nuestra, es difícil vivir en ella si no entendemos algunas cosas...

Se ha detenido. Espera que diga o haga algo que denote el deseo de escuchar lo que tiene que decirme. Asiento con la cabeza y lo miro preparándome.

—Somos los más viejos, Bacon lo dijo, pero de otra manera y no es el caso repetirlo ahora. Lo más importante es establecer que somos viejísimos. Que acarreamos con toda la experiencia de la humanidad sobre nosotros. Que arrastramos sus crímenes y sus odios, sus amores y sus hechos. No podemos desprendernos del pasado. Toda la experiencia que hemos heredado debemos aplicarla a un mundo hostil, con la agravante de que no hemos vivido dicha experiencia ni hemos, tam-

co, construido ni transformado este mundo en que habitamos. Nuestra crisis tiene su origen en la intemperada volición del hombre contemporáneo, de un mundo hecho por él y para él. Hemos querido borrar lo ya construido y sólo hemos dejado ruinas. Lo poco que hemos edificado sobre esas ruinas no pasa de ser un remedo torpe de lo que ya estaba hecho...

Silencio.

Sí. Sí. Y por ese mero hecho de ser viejísimo es que debemos morir. Pero será un suicidio colectivo. La humanidad asesinándose para no tener que morir.

—Pero todo esto es una locura gigantesca. Y somos todos responsables de ella, Alain —digo.

Sonríe. Va a continuar hablando.

—La quiebra general de la fe en las instituciones que secularmente venían resolviendo los problemas que se plantea el hombre es un índice que es tarea nuestra convertir en positivo. Mire, ha llegado el momento en la vida de la humanidad en que las respuestas dadas no aportan absolutamente nada a la angustia, desesperación y razón de ser de nuestra existencia. Porque tenemos conciencia de este acontecer es que comenzamos a ser libres, y a recuperar ese fantasma de libertad que llamamos "la Libertad". Por esto han nacido todos

los problemas anexos a la libertad. Porque no olvide usted que el ser humano se planteó el problema de la libertad justamente cuando dejó de ser libre. ¿Y cuándo dejó de serlo? Cuando siendo *Pithecanthropus erectus* se le ocurrió mirar las estrellas a través de los orificios de la caverna donde invernaba; y cuando pensó, sí, cuando pensó por primera vez que podría ser dueño de todo lo que estaba a su alrededor y se percató de que algo le impedía apropiarse de ello. Fíjese bien, que fue hombre cuando miró por primera vez a las estrellas y captó su parpadear. Fue no-libre cuando quiso tomar esas estrellas. Poco a poco fue perdiendo más su libertad. Esclavos físicos fueron hasta hace poco —y aún lo siguen siendo en muchas partes de la tierra—; en lo espiritual el hombre, a menudo, ha sido prácticamente esclavo hasta ahora, salvo rarísimas excepciones.

Se ha detenido para encenderme el cigarrillo. Mi encendedor está sin bencina. Se concentra. Una cortina de humo es devorada voluptuosamente por el calor de la lámpara.

—Fíjese bien —continúa Alain—, en dos épocas históricas cuyo “temple vital” es semejante al de la nuestra... Digamos... el siglo de Pericles y... el Renacimiento, por ejemplo. Evidentemente podemos operar con cierta

tranquilidad con ellas, porque ya han transcurrido y podemos perspectivizarlas, pero hagamos abstracción de las mil mentiras escritas sobre esas épocas. Y olvidemos, también, que somos seres contemporáneos para que podamos perspectivizar nuestra época. Considere que ambas no son el fin de una época (edad histórica); tampoco son comienzo de otra. No... No. Son, podríamos llamarlas, "puentes" entre una época y otra. De por sí constituyen un momento en la Historia que tiene características peculiares y singulares. El Renacimiento no pone fin a la Edad Media ni tampoco da comienzo a la Edad Moderna. De hecho, la Edad Media termina *per se*, y la Edad Moderna comienza también por sí misma. El siglo de Pericles no pone fin a la Generación de los Siete Sabios ni da comienzo al Imperio Macedónico de Alejandro. ¿Está claro?

—Evidentemente —le respondo—. ¿Pero adónde quiere llegar con todo esto?

Me mira como si le pareciese divertidísima mi pregunta. Se mira sus manos. Prosigue:

—Voy a llegar muy pronto, si usted me deja hacerlo, a lo siguiente: ¿Cuáles son las características de esas dos épocas que he mencionado? Simplemente: quiebra de fe en todos los planos de la actividad humana y, como re-

sultado de ello, angustia. ¿Por qué fueron significativas para la humanidad? ¿Por qué?

—Porque... , bueno...

—Porque los hombres que vivieron en ellas partieron desde la esencia de su "temple de ánimo": la angustia. Nuestra época no pone fin a lo que los historiadores han llamado "Epoca Contemporánea" y tampoco es el principio de lo que podríamos llamar en este momento... , qué sé yo... , póngale usted... Epoca Atómica, si quiere. Ya está. ¡Ni siquiera sabemos si va haber otra época! Característica de nuestro tiempo: quiebra de fe, y angustia como consecuencia de ello...

—Eso sí que no. Muy quebrada estará la fe, pero la esperanza en un mundo donde impere la justicia social...

—No me interrumpa para repetirme con-
signas —dice sonriendo.

Encender un cigarrillo. Podrá tener razón Alain, pero la época que venga tendrá que ser más justa. Claro que eso no tiene nada que ver con lo que me está diciendo. Mejor lo escucho.

—Esta quiebra de fe actual es mucho más trascendental que la de cualquier otro momento de la historia. En Oriente ha prendido el marxismo antes que en Occidente, no porque allá se necesitase más que acá, sino porque el marxismo es justamente lo contrario al modus

vivendi ancestral de esos pueblos. El totemismo africano está siendo reemplazado por unaseudocracia representativa, que es la antítesis de ese sistema. Y en nuestro Occidente el caos y la desorientación se han entronizado prácticamente como sistemas que rigen nuestras relaciones. Por supuesto que el cristianismo eclesiástico, ahogado en su propia contradicción, da los últimos manotones de ahogado tratando de intervenir en la política europea y americana, con un infantilismo que resulta contradictorio y digno de ser estudiado más seriamente, como un ejemplo de la Iglesia para abordar el tema de la injusticia social a través de toda la Historia. Es ridículo verlos cómo “comienzan a preocuparse en una praxis de los principios que jamás tomaron en cuenta hasta hace diez años”. Lo que le ocurre al hombre de hoy es que se está encontrando con el Hombre. El descubrimiento de nuestras posibilidades y la inmensa carga impuesta a nosotros por un pasado que nos oprime, nos han sumido en la angustia más dolorosa...

Paulatinamente, Alain se ha ido acalorando y ahora guarda silencio. Me da la impresión de que medita en sus propias palabras. Debo decirle algo.

—Curiosamente, Alain, esto ocurre cuando el hombre ha comenzado a volar hasta las es-

trellas. Dejamos de ser encorvados primates, según acaba usted de decir, cuando las descubrimos y contemplamos. Ahora que las poseeremos, es probable que haya que comenzar todo el ciclo otra vez. Desde la ameba más rudimentaria. De tal manera que en algunos millones de años más, dos individuos angustiados como nosotros, a lo mejor, conversen indolentemente sobre su destino.

—¡Ja! ¡Ja! Jehová no quiere viajes interplanetarios —dice.

Permanecemos en silencio. La risa de Alain aún retumba en la habitación. Estamos amurallados por los libros que cubren las cuatro paredes de la biblioteca. Todo el peso de la cultura sobre nuestras entecas humanidades. Si ocurriese un terremoto en este instante, nos encontrarían aplastados por Emmanuel Kant's Werke. O *Das Kapital*. O quizás bastaría que nos diera en la cabeza el *Tractotum*, de Wittgenstein, porque no se me ocurre morir aplastado por las *Elegías de Duino*.

Carmen nos ha llamado. Hay que bajar. Descender otro círculo más. Al séptimo círculo: "Aléjate, monstruo; que éste no viene amaestrado por tu hermana, sino con el objeto de contemplar tus penas". Se lo digo a Alain. Ríe. Su mano está sobre mi hombro.

—No se duerma nunca sobre el mismo sitio

donde durmió la noche anterior. Los más desagradables insectos lo estarán aguardando. •
Usted es nómade : pernocte cada día más lejos.

¿Seré nómade? Es muy diferente ser viajero que ser nómade. Si soy viajero debo establecerme una vez que llegue a mi destino. De lo contrario no llegaré a ninguna parte, porque no voy a ninguna.

* * *

Las mujeres hablando. Saludar a todo el mundo. Un vaso de whisky y un buen sillón. No quiero moverme. Se reanuda el Symposium femenino. No me interesa. Ni a ellas tampoco. Porque lo que les interesa lo hablan en voz baja. O no lo hablan nunca. Tres parejas y yo. Siete.

El general mexicano cuyo último deseo fue un cigarrillo y se lo fumó sin botar la ceniza. Para que vieran que no estaba nervioso. Lo estaba pero no quería estarlo. Se dominó a su modo. Debe ser mentira. No obstante, es una estupenda historia. Esta ceniza de ahora la voy a botar a la alfombra, porque no estoy nervioso y me estoy ensuciando de amarillo los dedos.

—¡No se moleste, gracias, estaba distraído!
—digo.

No hubo caso, el feo me vio a tiempo. ¿Có-

mo se llama? Lo conocí aquí mismo hace algún tiempo. Sin señora. No es tan fea. Fernando. Eso es. El apellido da igual. "C'est la même chose : pisser chez la Comtesse de Merde ou merder chez la Baronne de Pis." El barón de Charlus. El tío Miguel en edición latinoamericana, por supuesto. ¡Qué seres tan asquerosos!

—La compré en Europa, cuando estuve en España. Es bastante buena. Tiene todos los acentos —dice Alain.

La máquina de escribir, supongo.

—¿Circunflejo también? —pregunta Fernando.

¿Para qué querrá ese acento? Pregunta estúpida. Para señalar que lo ha oído nombrar, seguramente. No puedo quedarme callado.

—Lo único que le falta es el espíritu áspero y la iota suscrita —digo.

—¡Ah!

Ahí te quedaste. Alain ríe disimuladamente. Se estaba aburriendo. Comenzó la fiesta. Pero nadie se da por vencido a la primera. Volverá a la carga. Y será más estúpido esta vez. Trata de superarse para no sentir celos. Es como gritarle a su esposa a cada momento: "Aquí estoy yo".

* * *

El café sobre la mesa. Ha sido una agradable comida. El viejo Gog se hubiese horrorizado. Carmen acaba de hablar de "la idea de la muerte en García Lorca".

—¡Pobrecito! —dice la mujer de Eduardo.

No siente nada. ¡Qué le importa a ella! Su marido le explica algo. Bien podría dejar esas explicaciones para *post coitum*. Pero seguramente se echará a dormir con la sensación del deber cumplido. Alain sonríe a Carmen. Toma su mano disimuladamente en donde el mantel hace un pliegue. Se aman. Y como son inteligentes, es probable que les dure mucho.

Hay demasiadas dudas con respecto a los temas tratados con Alain. Y con respecto a algunas cosas discutidas durante la comida. Pero esas dudas deben permanecer dentro de nosotros mismos. Con esta gente extraña hay que dar la sensación de la seguridad más inmensa. Porque somos Persona. Máscara. Para aumentar el ruido de la voz durante el desarrollo de la tragedia. Para que oyesen todos. ¡Que hayan matado al viejito Sócrates! Y al Nazareno también. Y al que se levante lo matarán. Todos estos conformes. Estos que quieren que todo siga tal cual. Porque no tienen imaginación para desear un cambio radical. O a lo mejor no. Podemos ser nosotros los equivocados. Aunque sea así, supongo que habrá que morir

de todos modos. Pensamientos heroicos. De adolescente en decadencia, cuando se quedan allí y no van más lejos.

Ha sonado el timbre de calle. Debe ser Leonidas *termopilé*. Se sentirá pésimo. Debo levantarme junto con Alain, a quien llama la empleada. Pedir disculpas.

El muy bruto está de pie en el umbral y dice que no quiere pasar. Hay que introducirlo enérgicamente.

—Es que yo he estado una vez no más aquí, y cómo voy a molestar...

—Pase no más, Leonidas. Estamos terminando de comer —dice Alain.

Otra vez sentados a la mesa. Carmen pregunta a Termópilas si ha cenado. Ojalá diga que no, para ver la cara que ponen los invitados. Desgraciadamente su respuesta es sí.

—Muchas gracias —dice ruborizándose.

Habría que darle un trazo largo al horrendo cuadro impresionista del comedor. Para destruir la composición descompuesta, diría Marcelo. O para componerla, diría yo. Nuestra época tal como un cuadro ya pintado que tuviéramos que retocar. Esto es, por la miéchica, eso es lo que se ha estado haciendo. Y se trata de pintar uno completamente nuevo, colgando el viejo en la pared de un museo.

Todo el mundo se ha ido. Carmen conversa con Leonidas. Alain y yo bebemos coñac. No es muy tarde, pero debemos irnos. Hago ademán de levantarme. Alain me dice :

—Alguien tiene que penetrar al “laberinto de nuestra época”, buscar al Minotauro, darle muerte y volver con vida.

Me mira profundamente. Quiere que tenga significado hondo lo que acaba de decirme. No desea que olvide por ningún motivo estas últimas palabras. Me levanto. Leonidas también.

—Adiós, Carmen, y muchas gracias —digo estrechando su mano.

Alain nos sigue hasta la puerta. La calle está en silencio.

—¿Dónde está Ariadna? —le pregunto a modo de despedida.

CAMINANDO con Leonidas. Aún es temprano. Vamos hacia algún café que todavía se encuentre abierto. Para poder conversar. O para que Leonidas me converse de su problema. Noche maravillosa. Un poquito fría; tal como me gusta.

Quedan demasiados automóviles. En un rato más habrá la tranquilidad que hace irresistible a la noche. ¡Qué comida más extraña la que acabo de tener! Sensación de que he estado perdiendo el tiempo. Y no sólo ahora. Siempre. Aunque el tiempo no se pierde. Yo perdido en el tiempo. Eso es más claro. Vacío inmenso. Como antes. Ninguna idea ni vivencia de plenitud ocurren hasta mí. Soy un cántaro cuyo fondo trizado ha permitido que se escurra el líquido que contenía. Cuando me cojan sabrán que soy un continente roto que la inercia ha mantenido en pie. Pero eso sólo lo sabrán cuando ya no dependa de mí mismo, cuando puedan acercarse tanto como para

apreciar la trizadura. Y cuando no quede nada por hacer.

Rostros espectrales con la luz de mercurio. Son otros colores que los que se ven de día. Otras facciones. En tono violáceo. Como los cadáveres. Entre amarillento y violeta. Con la piel reseca y sin sangre. El reloj de San Francisco, perdido en la bruma artificial, da una hora absurda. Es que en realidad es cualquier hora.

Hemos entrado a un lugar de Alameda.

Lleno de gente conversando o aullando. Entre el humo y el olor a lavaplatos. Y a fritura. Es una bocanada peor que la de la caverna donde invernaba el *Pithecanthropus*. Donde comía la carne semiputrefacta. Y defecaba. Y dormía. Y copulaba. Peor ahora porque no es auténtico. Sentarse en un rincón para observar mejor. Con la espalda apoyada en algo. Defendida.

—Un café para mí, por favor. ¿Cuál es tu problema, Leonidas?

—No es mío, es tuyo.

—Pero si yo no tengo sólo un problema, sino muchos. Por lo demás, los unos dependen de los otros.

—Déjate de pamplinas. Hablemos en serio...

—¿Y por qué no en broma?

—Porque . . . , bueno . . . ¡Puchas, porque la cosa es seria!

Tiene razón. Quiere conversarme de algo que cree que es importante. Y puede serlo. Las cosas tienen la importancia que les atribuímos. Cuando le damos demasiada importancia a todo, nada resulta tenerlo. Es simpático este Leonidas. Anteojos. "La Cuarenta, su sinfonía más típica." Trataba de impresionarme. Ahora trata de impresionarse. Cuestión de puntos de vista. Veamos cuál es nuestro problema.

—¿En qué consiste mi problema, Termópilas?

—Ayer estuve con Soledad; conocí a Soledad . . .

—¿Estupenda no? —le digo.

—Sí. Sí. ¿Por qué no hablas con ella? Podrían explicarse tantas cosas . . .

—Mira, Leonidas, no te he hablado nunca de Soledad. Debe haber sido Hexe quien te ha informado al respecto. Y quien te la ha presentado. Bueno, para el caso da lo mismo. No hablo de ella porque la quise mucho, supongo. Porque Soledad es alguien a quien no se puede hablar y de quien tampoco se puede hablar. Siempre hay equívocos cuando se trata de ella. Hay que conocerla. O se la ama o se la odia. He llegado a una etapa en que no me

ocurre ni lo uno ni lo otro. Quizás por ello, sufro, a veces, mucho más que cuando la amaba o cuando la odié. No sé cómo explicártelo. En general, me ocurre con ella una especie de frustración por la indiferencia que ha llegado a producirme. Es bastante complicado.

Silencio.

En realidad, no sé ni cómo explicármelo a mí mismo. Ojalá Leonidas guarde silencio. No podría hablarle ni una palabra de esto. Menos aquí. ¡Soledad! Supe de ella mucho antes de conocerla. Tuve la intuición de su llegada. (¡Qué estúpido resulta planteárselo de esta forma!) Quizás la amé antes de haberla visto. Era mi estado de ánimo, supongo. Un mundo diferente. Es como si en ese entonces hubiese hablado otro idioma que el de ahora. Porque yo estaba de visita permanente en ese mundo. Más exacto sería decir: estaba exilado allí, aunque me desenvolvía con aparente gracia entre toda esa gente que me rodeaba. O que yo rodeaba (no se sabe nunca si es lo uno o lo otro).

¡Qué días tan espantosos! Primer año de Universidad. Amor furioso. A primera vista. Me aferraba a ella porque la veía como una especie de eslabón con los demás seres. Me sentía como un extranjero a quien no se le ha dicho —porque partió muy joven— de dónde

viene ni qué hace allí. No obstante, me sabía distinto. Culpaba de ello a mis versos dedicados a Soledad.

—Muy bonitos —me decía.

Yo sabía que eran horribles. Pero no podía dejar de escribirlos. Porque no me bastaban mis palabras o mis caricias. Había algo más que deseaba expresarle a Soledad. Y no sólo a ella. A todo el mundo. Se me ocurría que era como gritar mi amor por las calles, tratando de no ser vulgar. Mi grito tenía que ser distinto. Nuevo. Dentro de mí estaba ese grito y no podía lanzarlo. En los versos se insinuaba un germen de aquello, pero no era suficiente. Dolor e impotencia. Para aliviarme de ello: actuar en política. A decir la verdad y a fracasar. De fracaso en fracaso. Desubicado por completo, me siento reaccionario entre los izquierdistas y revolucionario entre los derechistas. El centrismo me asquea. Total, un desastre. Por supuesto que no se podía ir a clases porque era menester pasarse la mañana discutiendo en el patio. En grupo de ociosos legalizados por la indiferencia de los profesores, que consideraban que aquello era positivo, presumo. Soledad vivía por allí cerca. Apenas terminaba alguna de las reuniones, corría a su casa para verla. Generalmente la encon-

traba de uniforme y con su pelo amarrado en una trenza. Me gustaba de uniforme.

—¿Fuiste a clase? —me preguntaba.

—No. No pude. Hay elecciones la próxima semana. Parece que voy a ir de candidato...

—Tú tienes que ir a clases. Debes recibirte pronto...

Yo sabía que tenía la razón. Pero había muchas cosas que no podía decirle. Porque ni yo mismo me atrevía a explicármelas. (Me ocurre siempre lo mismo con respecto a lo trascendental.) Discutíamos.

—Mañana irás. ¿No es cierto que irás?

Nos reconciliábamos. La convencía de que "mis razones de Estado" eran muy serias. Más avanzado el año gritábamos, imponiendo a los transeúntes de nuestras absurdas peleas. Entraba a su casa. La puerta que se cierra de un golpe. Tocar el timbre. Pedir perdón. Era lo más simple. Me perdonaba a condición de que confesase mis errores.

—Prométeme que irás.

—Te lo prometo, Soledad.

Me sentía humillado. Y falso. Porque seguramente no iría. Un beso casi robado.

—Aquí no. ¿Que no te das cuenta de que se impone todo el mundo?

—Dame tu mano, entonces —le decía.

Nos despedíamos. A veces, ella me acompa-

ñaba hasta la Plaza Italia para que tomase mi locomoción. Comienzo de otoño. El Parque Forestal desvistiéndose de sus primeras hojas.

—¿Caminemos un poco por el Parque? —le ofrecía.

—¿Para qué? Además es muy tarde.

—Me gustaría tanto conversar contigo aquí, bajo estos árboles.

—Me carga sentarme en estos bancos “de plaza”.

No le respondía. Un silencio desagradable y lleno de palabras inexpresadas. El ruido de las hojas trituradas haciéndome olvidar un poco mi pena. A lá larga, lo duro termina tomando la forma de la materia feble que lo rodea o que lo integra. No ocurre al revés, como se cree. Esencialmente, no.

—A las seis en punto estoy en tu casa —le gritaba ya arriba del trole.

Me hacía señas de que estaba bien.

Cuando debía irme solo hasta el paradero de la locomoción, prefería, aunque fuese tarde, caminar por el Parque. Me internaba por alguno de los senderos imaginándome que iba con ella. Le hablaba en un susurro de mi amor. Le mostraba alguna hoja de los plátanos orientales que, descendiendo como un cisne parsimonioso, se posaba sobre el pasto.

Poco tiempo después que la hube dejado, es-

tos recuerdos me avergonzaban. Procuraba apartarlos diciéndome que eran ridiculeces de adolescente. Ahora pesan como algo definitivo, que no pierde su significado ni fuerza a través del tiempo transcurrido. Por el contrario, las sensaciones acuden con tal vitalidad que no puedo dejar de internarme entre ellas hasta vivir otra vez cada una, con una especie de masoquismo que atribuyo a mi temperamento y que, sin embargo, no escapa a la posibilidad de ser el fin de una represión vencida.

En casa todo el mundo había almorzado. Estaban en el postre. Ningún apetito.

—Estuviste comiendo sandwiches en la Universidad y ahora no quieres almorzar. —Era mi madre.

Para que no continuase dándome consejos acerca de lo peligroso que es enflaquecer, comía uno o dos bocados. Y el café. Después la siesta iniciada con la lectura de algún Código. (No se pasa de tres artículos. Sedante e hipnótico infalible.) A las cuatro y media mi "mama" me despertaba llevándome una taza de té.

—¡Pobrecito! Miren cómo se quedó dormido estudiando —me decía mientras tomaba el Código que descansaba sobre mi pecho.

Una ducha tibia y a las seis en casa de Soledad.

—Llegaste tarde. ¿No conoces la puntualidad?

La besaba apasionadamente. Con suavidad primero. Luego con furia. Deseándola cada vez más. Le susurraba mi deseo en su oído mojado por mis besos. Tiembla de deseo junto a mí. Mis manos en sus senos.

—¡Eso sí que no! —Se incorporaba violentamente.

Arreglándome el cabello. La corbata. Colocar un disco. (Generalmente el mismo. La *Quinta Sinfonía* o la *Nuevo Mundo*; hasta el punto que ahora no puedo escucharlas sin que por una especie de ciclismo psicológico vuelva a sentir los mismos efectos que entonces. Y esa música, que era imprescindible escuchar casi a toda hora, con el tiempo no ha pasado de quedarse estática en sus posibilidades. Durante ese período de mi vida hubiese preferido oír varias veces esa *Quinta Sinfonía* de Beethoven —que me servía de música incidental para esas tardes de amor— antes que concentrarme en uno de los Cuartetos de Brahms, por ejemplo. Ocurría que con la música —tal como con la pintura o la poesía misma— procuraba hallar cierta excitación meramente sensorial, que, por lo demás, alcanzaba plenamente.)

Estoy sentado junto a ella.

La beso como si nada haya ocurrido. Hay que comenzar otra vez. La suma de mi deseo concentrada en mis manos. Ansiedad, angustia por tocar sus senos duros. Acariciar esos senos vivos es lo que repleta mis actos. Siento que sus pechos han sido creados para mis manos. Nuevo intento. Esta vez de a poco. Con una cautela que le resta anticipadamente placer a la caricia. Sus labios y mis labios apretados. Los suyos comienzan a ponerse de sabor metálico. Me estrecho contra su cuerpo, refregándome con ella. Se queja suavemente. Su excitación obra como afrodisíaco y de lo único que tengo conciencia es que la amo. Sí. Que la amo. Mis manos recorren su cuerpo entero, como tratando de dejar en toda la superficie de su piel la señal de mi pasión. Ahora se introducen entre sus ropas y su piel tibia y suave. De su espalda pasan a su pecho hasta que logro aprisionar uno de sus senos. Siento en la palma de mi mano su pezón duro como botón de ebonita. Ahora sus músculos se han puesto tensos. Intuyo lo que va a ocurrir. Un movimiento brusco de los hombros para esquivar la posición de mis manos.

—¡Está bueno! ¡Qué estás haciendo! ¡Eso sí que no!

—Amor, amor. Si te quiero tanto.

—Esa no es manera de querer —replica iracunda.

Esa respuesta basta para indignarme. Para borrar en un segundo toda mi pasión de instantes anteriores. Las palabras se atropellan en mi boca. Y mientras me vuelvo a arreglar la corbata o a peinar:

—¿Que no te das cuenta de que es la única manera en que dos seres jóvenes pueden amarse? ¿O quieres que “pololiemos” por carta? Negar lo que sentimos es una indecencia.

Me mira sorprendida. En su vista puedo leer la respuesta que me dará. Sé lo que va a contestarme. La odio por ello. La desprecio. Pienso que es vulgar. Y burguesa. Y tonta. Y todo lo demás. Sale a borbotones de su boca:

—¡Tú no me quieres! —casi entre lágrimas.

No soporto más. Es la última gota. Me toca gritar:

—Eres una frígida. Y una egoísta. Te satisfaces a refregones como una lesbiana. Yo no puedo ni quiero así. . .

(Esto último es falso. El placer que siento en hacerle ese tipo de caricias me agrada.)

Asoman las primeras lágrimas. Me interrumpo al ver sus ojos enrojeciéndose. Luego los sollozos.

—¡Andate! —me dice con voz de víctima.

Me levanto. Mis rodillas tiemblan un poco.

Los últimos compases de la *Quinta Sinfonía* me vuelven a la realidad. Me arrepiento. Me siento, permaneciendo largo rato en silencio. No me atrevo a mirarla. La ausencia de ruidos es total, porque la música al haberse retirado de la atmósfera crea un vacío que sus sollozos no pueden sustituir. Lentamente se va serenando. La pena se transforma en indignación. Sus rasgos se ponen duros.

—¡Esto no puede continuar! Eres un animal. Lo único que quieres...

Y así sucesivamente. Ningún deseo de contestarle. Quiero abrazarla. O pegarle. O irme y no verla nunca más. Y poseerla. Todo esto junto. Le pido disculpas. Sí. Lo más simple es pedirle disculpas.

—Perdóname. Supongo que soy una bestia —digo.

No me contesta. Apenas me echa una ojeada rápida en la que logro divisar cierto airecillo de triunfo.

Cien tardes como ésa. Sobresaltado porque en cualquier momento podía entrar su madre y sorprendernos en algo que hubiese sido espantoso para la pobre mujer. Aunque seguramente a ella le habría ocurrido lo mismo mientras pololeaba con su actual marido. Todo eso es tan ridículo cuando se le mira desde cualquier otro ángulo. Pero si la madre había sa-

lido, mi sobresalto y angustia eran menores, porque sabía que sólo la empleada podría abrir la puerta y sorprendernos. Muchas veces, que por una u otra razón sólo nos limitábamos a besarnos con cierta castidad y que por lo avanzado de la hora llegaba el padre de Soledad, yo no podía levantarme para estrechar su mano, porque los signos físicos de mi excitación eran tan visibles, que la mejor forma de ocultarlos era permanecer sentado.

Cuando salía de su casa, cerca de las nueve, iba en tal estado de perturbación erótica, como creo que no he vuelto a estarlo. Me iba al departamento de María. Pobre María. La poseía cerrando los ojos y pensando en Soledad. Le suplicaba que se callase. Quería apenas su cuerpo.

—No digas nada. Ni una palabra. Déjame —le decía.

—Eres tan raro. Te siento lejos, muy lejos. Como si no estuvieses conmigo —replicaba un poco quejumbrosa.

—Estás equivocada. ¿Qué no eres feliz acaso?

Jamás quedaba satisfecho. Mi estado era igual al que tenía cuando me dirigía a casa de María. Tal como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros. Y alguna noche me masturbaba en la obscuridad de mi cuarto, sintiéndome

asqueado después, hasta las náuseas. Insomnio. Leía a Plinio el Joven, abandonándolo luego por alguna novela que no dejaba hasta concluirla.

Levantarse tardísimo. Ninguna gana de ir a la Universidad. Sueño. Permanentemente.

Gente que entra a mi dormitorio. Voces. Me dicen que me levante. Es mi padre. Me grita. Me insulta. Lo escucho y lo odio. Luego llega mamá. Me suplica que cambie. Lloro. No soporto sus lágrimas que me hacen sentir in-mundo. Le digo que sí, que cambiaré.

Largo baño caliente.

Luego vagando por el Parque Forestal con un Código bajo el brazo. Así mismo, día tras día.

* * *

Leonidas me observa. Quisiera hablarle. A lo mejor, nada tiene que ver todo esto con lo resuelto cuando dejé a Soledad.

Continúa mirándome. Ha aprendido a no hablarme de más. Me desespera un poco, porque me obliga a hacerlo a mí.

—Oye, Termópilas, hay cosas que no se pueden explicar —le digo.

Sigue callado. Jugando con la cucharilla de la taza de café. Haciéndola sonar tenuemente,

como campanita. Me va a hablar. Sus cejas se fruncen un poco.

—¿La quieres aún? —pregunta.

Muy propio de su edad. El amor eterno. Jamás se olvida la sensación que se tiene al amar. Mentira. Esa sensación desaparece con respecto al ser amado. Queda en líneas generales, aplicable sólo al amor y considerando a éste como algo aislado. Independientemente de ese ser. Vivencia y recuerdo: lo sentido es la vivencia; el recuerdo es el ser en sí mismo. Sería interesante decirle esto. Y contarle de la tarde que la abandoné para siempre. Y mis sollozos. Y la tarde siguiente en que fui a ver a Hexe, que no me creyó porque muchas veces le había comunicado mi ruptura y luego la llamaba para contarle, feliz, que habíamos vuelto. Hexe la odiaba.

—Porque “te tiene estudiando leyes” —me decía.

Y cuando en el Café de los Tres Chanchitos le dije:

—Se terminó el asunto con Soledad.

Y ella preguntó:

—¿Cuándo?

Al ver su risa de niña maldadosa, le mentí:

—Hace una semana. Y es definitivo. ¡Palabra!

—¡Ojala! —se limitó a responder.

Porque no pude decirle que había sido ayer. No me hubiera creído ni una palabra acerca de la seriedad de mi determinación. Necesitaba que me creyese.

No le digo nada a Termópilas porque no me creo capaz de significar con palabras una vivencia.

—No, Leonidas, no la quiero.

—Pero no has vuelto a enamorarte, me dijo Hexe —insiste un poco frustrado.

¡Pobre Termópilas! Qué poco me conoce. Y qué poco ha vivido. ¿En qué manejos andará Hexe?

—Tú no sabes que para olvidarla tuve que enamorarme. Para dejar de amar hay que volver a amar.

Sonríe complicadamente. No debe haber entendido nada.

LA REALIDAD escapando. Es como si mi "yo" girase vertiginosamente y esa realidad huyese por la fuerza centrífuga. Uno mismo girando cada vez más rápido. No como un planeta, sino como un meteoro. Girando y desplazándose hasta chocar contra algo y desintegrarse. O continuar eternamente vagando entre sistemas establecidos. Es terrible ser como un meteoro, porque se rompe la armonía cósmica; porque se es siempre un accidente. Y el brillo se percibe cuando ya hemos desaparecido. Formular un deseo mientras la luz permanece. Se cumple. A mayor distancia de la ciudad, mayor cantidad de estrellas fugaces perceptibles. Los cielos de cordillera poblados de destellos. Hay que llegar a ser como un cometa. Porque se está más tiempo perforando las tinieblas. De todas maneras desaparecen. Y se demoran millones de años en volver. Platón. Su cola brilla más que su cuerpo. "Cometa es un cuerpo celeste que

deja en pos de sí un rastro luminoso llamado cola o cabellera y que describe una curva excéntrica en el firmamento." Definición del colegio. Como tantas otras que se aprenden de memoria y se repiten sin encontrarles el sentido, hasta que de pronto, cuando ya estamos lejos de la recompensa o del castigo, entendemos su significado. Adán descubriendo el significado de la prohibición cuando ya estaba harto de Eva. O yo mismo entendiendo súbitamente lo que significa quedarse sin fe en nada. En el momento en que ocurren los hechos no se tiene conciencia de ellos. Descubrimos que somos hombres no en el momento de nacer. Imposible: aún estamos atados por el cordón umbilical. El dolor del corte, de la separación, persiste hasta hacernos ignorar todo otro dolor. Descubrimos nuestra condición humana cuando estamos lo suficientemente lejos de nuestra madre y de nuestro dolor ancestral. Gracias a que encontramos en el amor la forma de volver a unir nuestro cuerpo al de una mujer. Edipo. O Electra. Con un ombligo deforme vagando hasta ser atrapados por Freud. Pero el problema se plantea en el instante en que queremos saber de nosotros con nuestros propios medios. Cuando nos volcamos hacia nuestras esencias buscando la respuesta en uno mismo.

Hay un momento en que no aceptamos lo que se nos ofrece. Entonces llega la primera vez que se piensa en ello. Y el terror nos invade.

Me sentí condenado por el mero hecho de planteármelo. Pero fue el primer paso. Para mantener el equilibrio viene siempre el segundo: conversar de ello con un amigo, porque no era capaz de soportar solitariamente el peso.

—Oye, Polilla. ¿Y si no hay Dios?

Es una tarde después de almuerzo. Estamos sentados detrás del arco de fútbol del patio del primer ciclo. A cada instante debemos esquivar la pelota, que golpeando con ruido de timbal, nos amenaza con su rebote cerca de nosotros. Estamos allí para tomar el sol y porque Urmeneta es un buen arquero. Es el sitio más seguro de toda la muralla.

Polilla me mira. Sus ojos están como huecos. Perdidos en las profundidades de su honradez. Se mira la punta de sus zapatos. Su pie derecho se mueve en una negativa anticipada.

—¡Estás loco! ¡Cómo se te ocurre que no va a haber Dios! —me dice.

Ya no se mueve. Está tenso esperando mi réplica. Lo noto y siento un deseo irreprimible de mortificarlo. De aparecer ante sus ojos totalmente seguro de algo sobre lo cual ni si-

quiera me he atrevido a pensar más de un instante. Al mismo tiempo sé que no debo ser insincero con él: que el verdadero camino es preguntarle. O, más simplemente, contarle acerca de mi incipiente duda. Pero el pequeño demonio que juega en mi boca comienza a moverse y decido no intentar la más mínima lucha: lo dejo actuar.

—¿Pero no te das cuenta de que todo eso de la Creación no es más que una patraña? ¿Cómo se te ocurre que una culebra va a estar ofreciendo manzanas? ¿Tú “creís” que Noé iba a construir un buque solo? ¿De dónde sacó las tablas, por ejemplo? ¿Ah? ¿De dónde sacó las tablas? ¿Y quién le pilló los leones?... (y así sucesivamente).

Polilla me mira indignado.

—¿Y a vos qué te importa quién le pilló los “liones”? Se los pilló Dios, “pa que sepái”.

Permanecemos en silencio. Comienzo a sentir deseos de quedar con la última palabra. La respuesta pasa por mi cerebro y me asusto. La rechazo con todas mis fuerzas. Es inútil, sale sola de mi boca:

—¡Ya veo a Dios detrás de los leones!

Suena la campana que llama a clases. Nos levantamos perezosamente. Sin hablar nos vamos a formar la fila para entrar a la sala.

Clase de Historia. El profesor hablando.

—Los señores feudales se reunían para defender sus...

Se detiene interrogativamente en esa palabra: "sus". Hay un silencio total, expectante. Alfiler pasea su vista sobre cada uno de nosotros. Continúa triunfalmente su frase, cuando tiene el convencimiento de nuestra absoluta incapacidad para completar la idea:

—... ¡Sus feudos, pues, señores!

Silencio. ¡Qué fácil!

Polilla ha comenzado a sacar de su bolsón los mapas que hay de tarea para hoy. Parece concentrado en su faena, pero es para no mirarme y tener que sonreír. Mis ojos buscan insistentemente el destello de inteligencia en sus ojos. Cada vez que Alfiler se detiene para que alguien complete la frase, nos miramos y reímos con su propia respuesta. Pero ahora permanece con la cabeza gacha, ignorando por completo nuestro chiste en común.

Alfiler se pasea entre las filas de bancos, colocando sus manos en los pupitres, como para ayudarse a caminar con ellas. O como para mantener el equilibrio. Ahora está bastante lejos.

—¡Oye, Polilla, oye! —le digo en voz baja.

Me mira muy serio. No quiere hablarme. Vuelve su cabeza hacia nuestro peripatético profesor.

Tiene razón. Su enojo es auténtico. Tengo la sensación de que he sido un estúpido, porque no era eso lo que quise decirle. Ni ésa mi duda, ni ésa mi inquietud. Todo hubiese resultado más simple si me hubiera limitado a contarle mi verdadero problema. No es la Creación lo que me preocupa. Eso me tiene sin cuidado. Más aún, la existencia de Dios planteada desde ese punto de vista no presenta ninguna dificultad para mí. La cosa reside en una prueba de su existencia. Porque las que se dan no sirven. No me sirven. En general siempre recurro a El en situaciones límites, en situaciones extremas. Soy un ser —ya en ese entonces, a pesar de ser un niño, tengo conciencia de lo trascendental de mis determinaciones— que parte desde la existencia de Dios, para pedirle. La cosa es clara: Dios no hace falta hasta que lo necesitamos. Allí es cuando debe mostrarse. Pero no ocurre de esa manera. La alabanza por la alabanza la considero innecesaria tratándose de un Dios omnipotente, justo y bondadoso. Parecería que ahora, con los años transcurridos, he transformado el problema y he visto cosas que en la realidad no podían suceder dada la poca edad que tenía entonces; no es así. Arrastro esta vivencia conservando toda la frescura e incredibilidad que poseyó en su forma originaria. Efectiva-

mente, me doy cuenta de que la omnipotencia de Dios debe operar cuando la necesitamos; o sea, cuando ha dejado de ejercerse sobre nosotros. Porque en los momentos de necesidad es cuando lo llamamos de verdad; cuando, partiendo de su existencia y desde su poder, le pedimos que nos auxilie, porque somos su criatura. Se le llama para que se muestre y se dé. No aparece. O si lo hace —esto en nuestra mente de niños es algo espantoso y angustiante— es a medias, dejando siempre la duda de si fue él o simplemente uno mismo quien resolvió el problema.

El cura de clase de Religión no puede comprender que para mí no es prueba de su existencia el hecho de que la Tierra gire en torno al Sol; porque también fue prueba de su existencia el hecho de que el Sol girase en torno a la Tierra. Y la prueba dejada al testimonio de los santos me parecía inaceptable porque se trataba de seres que por sí mismos ofrecían dudas. Se me había enseñado —y terminé por convencerme de ello— que yo era una débil criatura. Pues bien, por ese mero hecho recurría a Dios en los casos extremos, límites. ¿Por qué la palabra de los otros para creer en cualidades que yo mismo no podía aprehender?

La existencia misma de Dios era tan proba-

ble como su inexistencia. E indiscutiblemente era mejor creer que existía. Pero esto no resolvía nada. ERA. Dios era. Perfectamente simple: era. ¿Y? Había que amarlo o temerlo. ¿Por qué? Por sus cualidades. Su Justicia o su Bondad o su Poder nos obligaban a ello.

Sin embargo, jamás tuve una prueba de esos atributos. Ni la más mínima de las exigidas por mí. ¿Para qué alabar su obra diariamente? ¿Tendría necesidad de nuestro reconocimiento para seguir aplicando su Justicia? Dar limosna para que le den las gracias. ¡Pero si me sentía tan incómodo con el agradecimiento! Hacía un mes o más que no le daba dinero a la mujer que sujetaba un tarro por medio de alambres oxidados a sus muñones deformes; porque no podía aceptar sin avergonzarme hasta las lágrimas sus agradecimientos que no merecía. No. Decididamente no podía soportar que me agradecieran. ¿Y por qué Dios tenía necesidad de estas manifestaciones?

Pero lo peor era la prueba a que sometía su poder omnisciente. El caso de Ádán. Libre albedrío. Para que nos reventáramos todos los demás. Por lo menos Adán disfrutó algo del Paraíso. El cuadro de Adán y Eva poco antes de la tentación. El Paraíso verde. Adán sonriendo tras un matorral. Clase de Historia Sagrada. Eva, desnuda hasta la garganta, mira

el árbol en forma inocente. Es bella. Uno piensa que debería verla completamente desnuda. Antes de dormirse envidiando a Adán. Acto de contrición perfecta. Y miedo.

* * *

La tarde apareciendo en los colores de los objetos. ¡Cómo me atormentaba entonces! Adán. Nada. Adán es nada. Eva es reversible. Ave. Eva volando. Era mucho más fácil no comerse la manzana. Era más cómodo. Pero si se volaba un poco se podía coger la fruta y dársela a la nada. Para que fuera algo. De la nada a la hombría. Desde el *ἄπειρον* a la *ἀνδρεία*. Fumar.

Ahora el humo se expande dejando espacios absurdos. La primera bocanada no es la mejor. Porque el deseo es más fuerte que su satisfacción. Y esa bocanada es una, para muchos deseos. Cuando vienen las otras, poco a poco va cesando el dolor. Deseo y dolor: sinónimos metafísicos. Una respuesta no resuelve todas las dudas. Una respuesta para cada duda. No. A mil preguntas: mil respuestas elevadas a potencia "n". Y para cada respuesta otra pregunta. Para cada deseo que se tiene al fumar, equis bocanadas. Por eso se vuelve a fumar. Dejar

de hacerlo es como transferir los deseos a otro objeto que los satisfaga.

Silencio interrumpido.

La cabeza de Termópilas apareciendo por el hueco de la puerta entreabierta. Despeinado. Y en los ojos la interrogación. Quiere pedirme disculpas. Seguramente piensa que debería mencionar el hecho que me interrumpe mientras estoy estudiando. Aunque sabe que no estoy estudiando. No se puede estudiar a esta hora, ni con este calor. Debo hablarle para impedir que sea hipócrita.

—¡Hola! ¡Siéntate! —le digo.

Prefiere permanecer de pie. Está frente al estante alto. Su mano derecha recorre los lomos de los libros. Deteniéndose brevemente en algunos y luego volviendo a avanzar. Tratando de encontrar lo que no busca. Unica envidia posible: los libros ajenos. Ahora la pausa más larga. Parece decidido.

—¿Quién es este Mantegazza? ¿Es bueno? —pregunta.

—No sé si sería bueno —le digo—; en todo caso parece que fue una especie de moralista a lo siglo pasado. Una especie de antropólogo del amor...

—No te pregunto por él, sino por el libro.

Sabía que era por el libro. ¡Pobre Termópilas! Casi no tiene sentido del humor. Debe

juzgar con sus propios medios. Leerle un trozo.

—Pásame el libro —le digo.

Está viejo. Y descuajeringado. Hace cincuenta años debe de haber sido lectura prohibida. Leerlo debajo de las sábanas. Ahora es infantil hasta para un impúber. Aquí hay algo que me llama la atención:

“El primer abrazo se caracteriza en las mujeres por el hecho de la desfloración por ruptura del himen, membrana que cierra más o menos la puerta que conduce a la conquista de la vagina. Parece que todas las mujeres tienen himen, pero no sabemos si la raza modifica su forma o su resistencia” . . .

—¿Es científico, entonces? —pregunta.

—Mira, es mejor que lo leas. Por de pronto te puedo decir que le faltan algunas comas, debe ser la traducción. Aparte de ello, su estilo es precisamente lo contrario de lo que se usa ahora en los tratados. Sin embargo, tiene una dosis de erudición inútil bastante simpática.

Permanece en silencio. Piensa en lo que le he leído. Todavía debe preocuparlo el problema de la virginidad. Sería interesante preguntarle su punto de vista. Para que piense en ello.

—Es curioso cómo el tema de la virginidad se plantea en nuestra época casi en los mis-

mos términos que hace dos mil años. La humanidad ha llegado a aceptar que la mujer mantenga al marido, compitiendo en todos los campos de la actividad humana con los mismos derechos y deberes que el varón, pero no ha podido perdonarle que no llegue con su himen intacto al matrimonio.

—Sin embargo, la virginidad es algo realmente válido para la felicidad matrimonial.

Aquí falló Leonidas. Está peor de lo que me imaginaba. Lo más grave es que todo lo que le diga resultará inútil.

—Mira, Leonidas, me extraña que pienses así. Un tipo inteligente como tú no puede cimentar la felicidad matrimonial en una tela perforada. Si esto ocurre en la cabeza de todos los muchachos de tu edad, quiere decir que no caben esperanzas de un mundo mejor y más decente. Pero dejemos esto por ahora. No tengo ganas de conversar contigo sobre ello mientras no medites seriamente.

Silencio.

Me mira sorprendido. Hay algo que no comprendo bien. Tengo la impresión de que quería decirme otra cosa. O más bien de que sus palabras fueron el disfraz de algo más trascendental. Vino a verme porque deseaba contarme algo.

—¡Termópilas! Tú tienes algo que decirme —digo enérgicamente.

—No sé cómo explicártelo. Quiero que no lo tomes en un sentido diverso...

Está confundido. Rojo. En una tonalidad distinta a la de su lengua, que mantiene mordida.

—No, Termópilas. Lo voy a tomar en el mejor de los sentidos. ¿Qué te ocurre?

Un lápiz jugando en su mano. Se pone los anteojos. Me mira de pronto. ¿Qué cara le debo poner? Para darle confianza, por supuesto.

—Tú conoces a Hexe, ¿no es cierto? —dice. Bajar la cabeza y subirla.

—Pues bien —continúa—, estoy en un lío con ella. No sé cómo salir. Para serte franco, me tiene aburrido. He perdido la libertad. No puedo dejarla porque está enamorada. Yo creí que también lo estaba. Somos todos unos canallas, sólo quería una aventura que me ha salido carísima...

El resto lo conozco. Y me molesta el hecho de no haberlo previsto. Conociendo a Hexe debí haber supuesto la continuación de la historia más disparatada. Apenas tres días desde que la conoció y ya lo aburre. Justo. ¡Qué ridículas son las cosas cuando no las vivimos! Debería decirle algo. Que Hexe es extraña, por

ejemplo. No sirve de nada. Termópilas necesita algo que le sea útil.

—¿Comprendes? —insiste.

Perfectamente. Por supuesto que comprendo. Pero no puedo decirle: "Comprendo". Sería estúpido. Por el momento no debo aparecer como tal.

—Lo importante es que seas lo más desdichado posible —le digo—. Que tu desgracia sea tal, que ya no puedas vivir sin ser absolutamente infeliz. La vida te ofrece en este momento la mejor de las oportunidades para que te sientas hombre. Aprovéchala.

Silencio.

Se saca los anteojos. Parece desnudo. E inerte. Es lo mejor que le puede ocurrir. Así, tal como es, sin defensas creadas por su carácter ni por la sociedad, es más probable que llegue con sus propios medios a la raíz de su problema.

—¿No crees tú que no se la puede abandonar ahora? Máxime cuando uno... ha..., este...

Se interrumpe. Debo acudir en su ayuda.

—Después que una mujer te ha usado para cumplir con sus funciones biológicas y éticas —le digo.

Me mira como si no hubiese entendido. Porque precisamente hubiera querido no entender-

me. O sea, me muestra la existencia física de algo que intelectualmente no existe. Todos hacemos lo mismo. Se ha vuelto a poner rojo. Va a explotar. Le hará muy bien.

—¿Por qué debes aparentar un cinismo que no tienes? ¿Para qué decir algo que no sientes? Y esa frialdad que exhibes, ¿qué objeto tiene?...

Debería decirle que tengo más años que él. Que la experiencia enseña. En definitiva debería decirle lo que todos los imbéciles dicen en estos casos. Justamente para que se vea obligado a volcarse hacia sí mismo por lo estúpido de lo que los demás le ofrecen. Aparecer como un idiota ante sus ojos significará obligarlo a encontrar con sus propios medios la respuesta que los demás son incapaces de darle. No hay que dar nada resuelto. Simplemente porque no resuelve nada el que los otros le resuelvan las cosas a uno. Para descubrir nuestra propia inteligencia debemos descubrir la idiotez de nuestros semejantes.

—Mira, Termópilas, lo que ocurre es que no hay nada extraordinario en lo que me has contado...

—¡Eso es lo que tú crees! —me interrumpe.

—¡Espérate un momento! —le grito.

He levantado la voz involuntariamente. Ter-

mópilas me observa sorprendido. Debo calmarme.

—Déjame explicarte. Nunca, entiéndeme bien, jamás lo que nos ocurre tiene demasiada importancia para los otros; las cosas pasan siempre de una manera distinta a la que somos capaces de expresar. Es preciso vivir una experiencia para extraer todo el significado de ella. Se nos puede repetir mil veces que tal cosa es buena o mala, conveniente o inconveniente; pero mientras no descubramos con nuestro triunfo o nuestro fracaso que tal cosa es de tal manera, no sirve para nada la opinión de los demás. Cada hombre es un universo que posee sus propias leyes. Su propia geografía. Puede que haya gran semejanza entre un planeta y otro, pero en cada uno la vida ha tenido un comienzo diferente. Incluso existe la posibilidad de que eso que llamamos vida no haya empezado nunca —como en la Luna, por ejemplo—. Mira, el principio de gravedad es, quizás, el mismo en todo el sistema solar; no obstante, la gravedad misma es diferente en Marte que en Saturno. Podemos imaginar una determinada sensación con respecto a la mayor gravedad que seguramente hay en Júpiter, pero la sensación de no poder caminar más de tres metros sin cansarnos, o la idea de pesar una tonelada en vez de sesenta kilos, es preci-

so vivirla. Y para un marciano no tendrá nada de particular poder dar un brinco de treinta metros, en circunstancias que en la Tierra el mejor atleta no alcanza a saltar ocho.

Termópilas se ha vuelto a colocar los anteojos. Ahora es mejor. Necesito que razone. Y los anteojos son las armas de su inteligencia en público. Sin ellos se siente indefenso. Como Alfiler sin la libreta de anotaciones que era el arma para mantener la disciplina en clase de Historia. Es necesario que razone en este momento, porque cuando quede solo se volcará hacia sí mismo y lo hará sin preocuparse de sus anteojos para nada. La resolución que adopte será la mejor porque será suya.

—¿A ti te ha pasado alguna vez algo como esto? —me pregunta.

—Por supuesto que me ha pasado. Sin embargo, de nada te serviría que yo te aconsejase en un sentido u otro. La mayoría de las veces, cuando pienso en lo que hice en tales circunstancias, tengo la sensación de que cometí un error, pero la verdad es que creo que si volviese a ocurrir, volvería a tomar la misma decisión. No por una especie de fatalismo mal entendido, sino porque el haber hecho lo otro no nacía de mi auténtica manera de ser.

Ruido.

Molesto porque se parece a todo y en defi-

nitiva no es nada. Ni un sonido auténtico. Nuestra civilización como una gigantesca orquesta que produce ruidos inútiles. Y sin director. Cada bullicioso maneja su propia batuta. Los verdaderos músicos están encargados de ejecutar los silencios.

Termópilas llegará a pensar sobre esto cuando quizás sea demasiado tarde. Por ahora sólo ingiere conocimientos: la digestión viene después.

—Oye, Leonidas, anda a conversar con Hexe y dile la verdad. Tu verdad. Hazle comprender que los otros también tienen la posibilidad de hacer lo que verdaderamente sienten.

—¿Y si no acepta? —me pregunta.

—Entonces, se demorará no más de una semana en pensar que está aburrida de ti y te lo hará saber en la forma menos diplomática posible.

Anteojos ríe. Debe pensar que estoy siendo frívolo para divertirlo. Y que mi consejo es impracticable. Hará lo que tenía decidido antes de conversar conmigo. Lamentablemente no puedo decirle que es todo lo contrario de lo que está pensando. Se trata de un consejo practicabilísimo pero muy desagradable.

Es bueno permanecer en silencio.

A Leonidas le ocurre lo mismo que me pasó con Sofía. Si tratara de contarle algo, creería

que estoy usando mi experiencia para determinar sus actos. Quizás tenga la razón. Un mes entero saliendo con Sofía sin atreverme a tomar su mano. Tenía miedo a su negativa o a su risa.

La vez que fuimos al Restaurant Chino fue la decisiva. Conversamos de ballet.

—A mí me hubiera gustado ser bailarina. Bailar... —Se detiene, y sus manos describen algún movimiento que ella supone coreográfico. Me mira con sus ojos profundos, en los que leo la necesidad de que le dé el nombre de algún ballet. Cuando noto esto mi ansiedad alcanza un límite que me produce amnesia con respecto a todos los ballets que conozco. Temo decirle alguno que no le guste. Continúa esperando. El nombre se aleja cada vez más de mí.

—¿Sííí?... —le digo.

—... *El Lago de los Cisnes*... —dice.

—¡De Tchaikovsky! —digo.

—¡Claro! *El Lago de los Cisnes*, de Tchaikovsky. ¡Ah! Girar y girar en la punta de los pies...

La miro absorto. Me siento estúpido. Me digo que no tenía para qué haber dicho que era de Tchaikovsky. Y quiero agregar algo interesante como para borrar la mala impresión que debo haberle causado. Pero el tiempo pasa y

cada vez se hace más tarde. Siento que todo está perdido. ¡Cómo me odio!

Sus ojos brillan.

—Te comprendo perfectamente bien —digo. (Es bueno comprender a las mujeres.)

Me imagino las muchas razones por las cuales no se ha dedicado al ballet. Miro sus manos que sostienen un vaso con vino tinto y trato de descubrir en su posición algo de gracia coreográfica. Por supuesto se la hallo.

Mucho después, cuando me volvió a repetir aquello, la situación era diferente. Entonces me pareció que lo único que la había impulsado a afirmar lo del ballet era el deseo casi morboso de ser aplaudida, de ser admirada y envidiada. Que el arte no le importaba ni un comino. Y que para conseguir destacarse le hubiera dado lo mismo ser bailarina, pintora o candidata a regidora. En esa oportunidad —que fue algunas semanas más tarde— noté que sus ojos brillaban no con lo que yo llamara conmovedora frustración, sino que su brillo era de impotencia por no ser famosa.

Por supuesto que todo esto lo descubrí bastante tiempo después de haber comenzado a salir. Porque al comienzo la necesitaba cada vez más. Era tanta la fuerza que me arrastraba a ella, que todas las reflexiones que me hacía a medida que la conocía más, resultaban

inútiles. Sólo servían para mortificarme hasta el punto de sentirme el hipócrita más repugnante. Tenía conciencia de que era mejor no pensar en términos intelectuales con respecto a ella, porque en definitiva la desearía a pesar de todo. No escapaba a mis pensamientos la posibilidad de que yo fuese un frívolo como ella.

Esa vez del Restaurant Chino.

Mientras masticaba descuidadamente una almendra, apoyó, como por descuido, su mano en la mía. En un comienzo no me atreví a efectuar el más mínimo movimiento. Una especie de inmensa ternura me invadió hasta hacerme sonrojar. Y de sentir el color rojo en mi cara. Pero luego sentí la necesidad de mover mi mano. De darla vuelta y tomar la suya. De entrecruzar mis dedos con sus dedos. No obstante, apenas sintió que mis músculos se ponían tensos para efectuar el movimiento, retiró tenuemente su mano. Dejando, al separarse completamente, la sensación de una última presión ejercida con la yema de sus largos dedos. Estoy feliz porque no noto en su cara la más leve señal de que su acto ha sido consciente. Sin embargo, una especie de desazón, por lo que llamo mi estúpido movimiento, me invade. Pienso que es una mujer recatada y

seria, y mil insensateces más, muy propias de mi primera adolescencia.

Con el tiempo pude darme cuenta de que todo eso no era sino parte de su juego para excitarme hasta la desesperación. En esos instantes jugaba conmigo en forma inocente porque ése era su plan de trabajo. Después de algunas semanas su estrategia le indicaba cambiar de métodos. Y pasó de la inocencia a la franca provocación. Sólo conservó el recurso de la retirada oportuna. Como los recreos del tiempo del colegio; cuando ya empezábamos a tomarle el gusto porque se había organizado algún juego en común, sonaba la campana que llamaba a clases. Y tal como entonces, que era necesario correr para formar fila, so pena del castigo inmediato, me veía obligado a retirarme en los momentos en que había comenzado a tener mayores esperanzas.

Pero me atreví.

El día antes habíamos ido al teatro.

—Mañana te voy a buscar a las seis —le dije al dejarla.

Me mira sonriente. Dejando con su último gesto la posibilidad de que los planes podrían variar. Pero yo ya sé que a las seis de la tarde me estará esperando. Algún tiempo atrás la inseguridad hubiese logrado llevarme hasta la desesperación, obligándome a llamarla por te-

léfono desde algún sitio cercano apenas ella hubiese cerrado la puerta de su pequeño departamento. Para preguntarle si existía algún compromiso que podría cambiar nuestros planes. Y si hubiese notado en su voz alguna duda, le habría suplicado que prefiriera mi proyecto. No obstante, yo sabía que en esta oportunidad su gesto significaba "sí". Y que la posibilidad de una negativa involucrada en el movimiento conjunto de sus cejas y labios no era sino su actitud usual para desesperarme.

Al día siguiente, en la Universidad, me da vueltas por la cabeza lo ocurrido la tarde anterior. No logro moverme dentro del tiempo. Converso insensateces. Todas mis actitudes convergen hacia lo que creo que será mi aventura de la noche. Incluso llego a contarles a algunos compañeros durante un recreo —que se prolonga durante la hora de clases— una aventura que me habría ocurrido solamente el día anterior. Por supuesto que en ella salgo victorioso. En realidad no hago sino resumir y dilatar —según las ocasiones— lo que creo tendré que hacer esa tarde. Me mueve a ello la secreta esperanza que de los comentarios de muchachos algo mayores que yo, y a los cuales no me atrevo a interrogar directamente, extraeré una experiencia vital para mis pasos futuros.

Nada de eso ocurre.

Como era de esperar, mi tremenda inseguridad se revistió —ayudada por la imaginación— de tal mundanidad, que fueron esos muchachos mayores que yo los que inquirieron detalles que yo ignoraba.

Me veo obligado a mentir acerca de tal o cual dirección que por supuesto no existe. Me desespero. Junto a la desesperanza surge el arrepentimiento. (Siempre lo uno sucede a la otra.) Pero algo surge desde el fondo de mi confuso subconsciente. Es como un río eléctrico de paz. El destello que permite ver a tiempo la piedra con que hubiésemos tropezado.

—En realidad, esos departamentos son bastante caros e insalubres —digo—. Además es un poco sórdida la entrada. ¿Ninguno de ustedes tiene una dirección mejor? —agrego.

Por supuesto todos tienen. Intercambio de información. Anotarla en la cubierta de algún libro. Invento una en la calle Monjitas.

Al llegar a casa mi humor es excelente. El optimismo me invade dándome un auténtico coraje. Incluso me hago planes para estudiar después de almuerzo, hasta la hora de once.

• Almuerzo.

Chistes a propósito de la situación política. Mi padre goza. De pronto todo cambia. Es como un cataclismo. Una especie de movimiento

telúrico en el alma. La duda. Una frase se desploma en una cacofonía.

*... una pequeña
célula equivocada
o una fibra
gastada en su trabajo
y el aviador se equivoca de cielo,
el tenor se derrumba en un silbido,
al astrónomo se le pierde un planeta.*

No es el hígado. Mi padre me censura de inmediato. Falso ataque de ira de mi parte.

—No sea infantil, papá —digo.

Mirada inquisidora de mamá. Trata de descubrir el secreto de nuestra incomprensión con mi padre. Permanezco en silencio e ignoro todo.

¿Y si las direcciones que me han dado son tan falsas como la mía? Me levanto inmediatamente de la mesa. Hay que partir a averiguar personalmente aquello. Traslado las direcciones a mi libreta. Al transcribirlas selecciono, a priori, la que está más cerca del cine a que llevaré a Sofía. Mi estado nervioso es horrible. Se trata de un edificio del centro, que en ningún momento parece aquello que me había imaginado. Hay dos ascensores. Como se trata del tercer piso, subo a pie. Para que no me vean, supongo.

La dirección es verdadera. Convengo arrendarlo de diez de la noche a una de la madrugada. Mientras espero el ascensor —ahora decidido usarlo— me arrepiento de no haber visto más que el vestíbulo de aquella especie de *garçonnière*. Y no sé qué hacer durante las tres horas que aún faltan para las seis de la tarde.

Detenido en el tiempo.

Todo fue tan trágico. Y ridículo. Porque complicamos las cosas por simplificarlas.

—Es mi departamento de soltero —le digo mientras trato de abrir la puerta.

—¿Pero que no vives con tus padres? —pregunta Sofía.

Vergüenza. No sé qué decirle. Una mentira, por supuesto. ¿Cuál? Se acumulan tantas en mi boca que la que digo es la peor:

—Sí, pero sólo dos semanas al mes.

—¿Y por qué? —insiste.

Estamos adentro. No encuentro el interruptor de la luz. Mi mano recorre la pared tratando de hallar el maldito botón. Imposible. Enciende un fósforo. Está en la otra muralla.

Estoy arrepentidísimo de haber venido. Creo que está todo perdido. Y tengo conciencia de que soy un mentiroso sorprendido. Sofía permanece de pie. No hay ningún gesto en su cara que me permita saber lo que ocurre en su interior.

—¿Y por qué vives la mitad del mes solo?

La miro. Su vista está fija en mis manos húmedas y frías.

—Porque en mi casa no puedo estudiar —digo.

—¡Ah!

—Siéntate, por favor.

Se ha sentado en la punta de un sofá de brocato de color indefinido. Horroroso e incómodo. Inadecuado, pienso.

Todo lo ocurrido después es tan estúpido como la comedia que estamos realizando. Un adagio de Rodrigo: "La primera vez, donde sea y como se pueda", hace que trate de utilizar el sofá desvencijado como lecho. Le digo que la amo. Primera vez que lo hago teniendo conciencia de mi mentira.

—¡Estás loco! ¡Qué estás haciendo! Esto no puede ser. Es ridículo. Yo soy una vieja para ti. . .

—No. No. No digas eso, por favor —murmuro.

—Bueno, pero aquí no. Vamos a hacerlo bien.

Levantarse para cambiar de habitación. Estoy feliz. Y temeroso de que se arrepienta por el camino. Una reproducción de un detalle del pobre Degas cuelga a la cabecera de la cama. Barnizado. Y con vidrio, parece. Se ha ido al

baño. Me desnudo con tanta rapidez que los minutos que paso aguardándola me parecen siglos. Y pienso que todo esto es prosaico y que se parece a otras escenas menos complicadas y quizás más auténticas. Y quiero buscar alguna diferencia, pero no aparece. "La conquista de la hembra", me digo satisfecho. En el velador hay revistas viejas. Leo los chistes de la última página de un *Zig-Zag*. Hay uno divertido.

—Apaga la luz —me dice desde el baño.

* * *

—Mira, Termópilas, yo abandoné a una mujer porque me produjo asco después de haberme acostado con ella algunas pocas veces. No abandones a Hexe cuando tengas asco por ella, sino ahora, porque no la amas. Es más simple.

Leonidas pensando. Gestos con la boca. Se muerde una uña.

—No seas coprofágico —le digo.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque al comerte esa uña te estás comiendo tus propios excrementos —le explico.

Carcajadas.

Debo decirle a Leonidas lo débil que soy. Y la desesperación que me invade. No. Tendría

que llegar a la esencia de la solución. No se puede decir que vamos a suicidarnos. Porque habría que dar razones y ninguna es buena. Jamás hay demasiadas razones para hacerlo. Por lo menos las que podemos dar no son suficientes. Se trata de morir porque ya no hay razón.

—¿Qué vas a hacer, entonces, Leonidas?

—Le voy a decir a Hexe, pero en un tiempo más. Cuando yo mismo esté seguro de que es como pienso.

—Hexe es una buena muchacha. Te necesita. Pero su necesidad no es motivo para amarla. Piensa, Termópilas, en que la tarea de llegar a nuestro propio destino es con el sacrificio de mucha otra gente.

—Sí. Parece que es como tú dices —replica. Ya es tarde.

—Vamos a caminar —lo invito.

*El séptimo día:
arrepentimiento de lo
creado. Compromiso
con ello.*

A QUECO E INÉS MARÍA.

V ERANO...

Ahora es invierno.

Amarillo...

Ahora ceniza.

Tonos brillantes y enceguedores...

Ahora tonos opacos que apaciguan. (Es mejor, no hay posibilidad de deslumbrarse.)

Un calor sofocante...

Ahora frío en todo mi cuerpo. (No obstante, la vivencia me hace transpirar por dentro. El sudor corre por el revés de mi piel, hiriendo con su caudal salobre cada uno de mis nervios. Por fuera mi piel permanece reseca.)

Tengo frío y calor.

¿Por qué iba a ser diferente de los otros?
¿Por qué iba a ser uno de los pocos elegidos?
El problema de la elección es un asunto de interioridad. Como todo lo trascendental. Y si no supe elegir, fui yo quien me condené. Asco. Durante todos estos últimos meses. Vacío. De pronto, la toma de conciencia de lo

inevitable: la decisión. No me iré a Europa. Ni a ninguna parte. Porque podemos escapar de nosotros mismos sólo un momento. Y para ello no es necesario cambiar de sitio. Nos trasladamos para huir de los demás. No se trata de eso. Ha llegado el instante en que no puedo continuar huyendo.

Media humanidad ha muerto para que viva la otra mitad; no es un consuelo frívolo, es un hecho maravilloso. Pero no puedo pasarme la vida repitiéndome la frase. Es como tratar de volar para tener presente que no somos pájaros. Duele mucho y terminamos por no intentarlo más. No es tan grave ser un adolescente desorientado, mientras se es adolescente. Pero hay hechos que terminan con algunas etapas de la vida. No es un cambio lento. Jamás ocurre que la niñez termine paulatinamente. Es en un minuto que dejamos de ser niños. Porque no se puede ser más un adolescente después que uno ha escuchado de su mejor amiga:

—Estoy embarazada.

Y no sabe qué decirle.

—¿De quién? —pregunto.

Me mira. Es una pregunta estúpida, pero verdaderamente no sé.

—De Leonidas —responde.

—¿Cuánto tiempo?

—Más de dos meses.

Me indigno. Podría ser el primer signo de la toma de conciencia. He estado pensando detenidamente en el suicidio como algo muy serio. Hexe no sabe que he querido matarme. Que he decidido morir. Esto lo trastorna todo. El matrimonio por ningún motivo. Menos el aborto. ¿Qué hacer, entonces? Pobre Termópilas, lo he ignorado estos últimos días. Y Hexe aniquilándose, disminuyéndose hasta la inexistencia.

—¿Por qué te demoraste tanto en decírmelo? —digo.

Encoge los hombros. Aún coquetea. ¡Menos mal! Parece tener los senos más grandes. Aunque es una tontería, porque aún no debe notársele. Aunque sus movimientos son torpemente cuidados. Quiere que le dé un consejo sobre algo que ya ha decidido. O sea, lo que busca es mi ayuda.

—¿Quién más sabe, Hexe? —pregunto.

—Tú y yo, no más.

Es tan grave su actitud que termino por despertar completamente y, a despecho de lo que ella aguarda, pienso en mí, como para evadirme. ¿Qué ha pasado? Estoy vivo, me digo. O muerto, pero soy.

Hexe frente a mí.

—No le digas a nadie. Menos a Leonidas. ¿Entendido?

Asiente. ¿Qué habrá resuelto? Está tan bella. Sus rodillas son perfectas. Y su piel es suave. Me gusta su piel.

—Dime lo que has decidido —le pido.

—Me quiero casar —dice.

Es estúpido lo que quiere. Pero tiene que haber encontrado una razón muy poderosa para haber llegado a ello.

—¿Por qué te quieres casar?

Sorprendida. Caritas de extrañeza. Insisto.

—Es la única solución —responde.

—¿La única?

—Sí, porque quiero tener el niño.

La hembra. La madre en potencia. Reproducirse. Parir. Sufrir. Gozar. Sentirse vacía para volverse a llenar. En verso. Muy bonito. No entiendo: porque quiere tener el niño se quiere casar... O sí entiendo, pero pienso que no es una solución. ¿Qué le digo?

—¿Y si lo tienes y no te casas?

Indignada. Habla o masculla. No tiene sentido lo que dice. Es insensato. ¿Y Termópilas?

—¿Y a todo esto, tu seductor en qué anda?

Como la he interrumpido, debe detenerse. Y pensar en mi pregunta. Sabe que no debe decirme una tontería.

—Cuando le cuente, veremos.

—“Cuando le cuente, veremos” —la imito.

Encoge los hombros.

—En primer lugar, no le vas a contar nada a ese niño. ¿Sabes qué edad tiene Leonidas? Es un mocoso. Y porfiado, por añadidura. Hace un tiempo le dije que te dejara. ¿Porque no me dirás que te has enamorado?

Rubor. Ha sido sorprendida. Ni sabe si está enamorada. Le gusta, eso sí. Por eso que lo sedujo.

—¡Ayúdame, por favor! Y no te burles —me suplica.

Debe ser por la cara que he puesto. No creo que crea que me estoy burlando. Ha recurrido a mí porque no puede más con su especie de secreto. Y porque quiere que le diga que lo que ha resuelto está bien. Y como sé que no está bien, ni mucho menos, soy incapaz de darle nada en cambio. La ruta que he elegido ha terminado hiriéndola. La he dejado sola. Más sola ahora que cuando venía en camino. Y más sola que cuando se revuelca insomne en su cama por la noche. La quiero. Es mi amiga. ¿Qué hacer? Hablar.

* * *

Fue lo peor que pude haber hecho. Porque cuando uno habla, no se compromete con las palabras, sino con lo que piensa. Podemos expresar, apenas, un mínimo de nuestros pensa-

mientos por medio del lenguaje; el remanente determina nuestras actitudes, de tal modo que ocurre una discordancia entre lo dicho y lo que hacemos. Así fue como por no ser capaz de encontrar una solución que verdaderamente ayudase a Hexe, le hablé. Y mientras lo hacía me torturaba, sabiendo que mis palabras eran huecas e insuficientes. Que la solución estaba dentro de Hexe; que ella no me pedía eso: una solución, sino ayuda. Y yo, en vez de ofrecérsela, se la cambiaba por soluciones en las que ni creía. Y esta especie de remordimiento actual no tiene sentido, como no lo tiene ninguna actitud humana frente al pasado. Pero es inevitable. Quizás lo que me mueve a ello es el tratar de eludir la tristeza por haber roto ilusiones que yo no había creado, y que en consecuencia eran el producto de sus propias imágenes sobre mí.

Esta tarde, en que el frío me envuelve, pero permanece alejado, es una tarde más. Tal como ella, han sido todos mis últimos días. Sumergido en mí mismo —como única posibilidad— podré encontrar el sentido a lo que conscientemente se lo otorgo, y que sin embargo se queda en un hecho de mero conocimiento, que no alcanza a ser una vivencia con la cual se siga existiendo. La lluvia de anoche humedeció las murallas de la casa, que ahora desalojan su

aroma. El contacto con la naturaleza se limita siempre a retornar sobre las fuerzas desatadas. Y si tuviese que ir a contemplar una tempestad que ocurriera mañana (sería preciso predecirla: supongámoslo), lo que extraería de ella jamás alcanzaría la magnitud de la emoción que produce su sorpresa. Cuarto oscuro. Ni siquiera siento —porque no lo veo— el humo de mi cigarrillo. No se debe fumar en tinieblas. Es igual que chupar un cigarrillo sin haberlo encendido.

* * *

—¿Sabes lo que es un aborto, Hexe? Es algo que duele mucho. Algo repugnante y sórdido...

Me interrumpo al ver sus lágrimas, pero no puedo detenerme.

—Creo que podría encontrar a la fulana capaz de hacerlo. Tengo un poco de dinero, que espero será suficiente. Esta es una solución en la que tienes que haber pensado. No me mires así, no seas hipócrita. ¿Te pusiste inyecciones o tomaste píldoras cuando en el primer mes no te ocurrió... eso? ¿Te las pusiste? Sí. El aborto, porque las inyecciones no sirvieron. Es lo mismo...

—No es lo mismo —me grita.

Bueno, supongamos que no sea lo mismo. ¿Qué significado tendría que creyese que se trata de lo mismo? Ninguno. El que no quiere creer no necesita razones. Como el que cree. que huye de ellas. Da igual. El papel de comadrón que estoy tomando me parece asqueroso; sin embargo, no puedo eludirlo.

—Con la experiencia que tienes, con los más años sobre Leonidas, comprenderás que eres tú quien tiene que cargar con el peso de todo. Debes decidirte para ejercer tu libertad. No llores. O llora, pero piensa. En este mismo momento hay cientos de muchachas más pobres e ignorantes que tú enfrentadas a tu problema. Si eres la mejor entre ellas (has tenido más posibilidades), tu actitud debe ser la mejor...

Por la forma en que me estoy expresando suena a hueco lo que digo. No se pueden decir cosas cuando existe el temor de herir o de ser mal interpretado. Ojos húmedos. Manos constreñidas estrangulan su pañuelo húmedo. Está bella. Indefensa. “¿Y tú conoces a Hölderlin?”; y le cayó una guagüita. Muy estúpido. O quizás más hermoso de lo que me puedo dar cuenta. En general, este tipo de impresiones depende del estado de ánimo en que nos encontremos, supongo.

—La idea de un aborto parece mucho peor de lo que soy capaz de expresar... —digo.

Pésimo comienzo. No puedo seguir planteando las cosas en ese plano. Porque no se trata de razones metafísicas para hacer lo uno o lo otro. No debo decirle que me parece mal la idea, perdería confianza.

—No quiero un aborto —me dice.

Está desesperada. Debe de tener miedo. Es una buena razón para negarse. Las demás parecen rebuscadas e insuficientes.

—Dime la verdad. ¿Tienes miedo?

Mirarla profundamente. Hasta que esquive la vista. Para que sepa que debe decirme lo que exactamente siente.

—Sí, tengo miedo.

No le puedo decir que no duele, porque duele. Y ella sabe perfectamente que es así, aunque no es sólo su miedo. Implicancias.

—Ten el niño y no te cases.

—¿Quieres que se muera mi madre?

—Las madres no se mueren por esas cosas. Habría muchísimas huérfanas. No, Hexe. Es fácil arreglar las cosas. Un viaje al sur, por ejemplo, y luego te vienes con el crío y listo...

—“Y luego te vienes con el crío y listo”...

Está frenética. Su imitación de mi voz fue perfecta. Soy un estúpido. ¿Qué se podrá hacer?

Ahí fue cuando pensé en mi propio suicidio como en algo lejano y pretérito. Muchas veces he pensado que Hexe tenía un afán de bondad tan grande que podía ser mala con el objeto de ser buena; en esa oportunidad actué con ese espíritu: la inconsciencia por la individualidad de las personas que están próximas a uno.

Hace frío. El cenicero lleno de colillas. Muchos tronquitos aplastados. Restos retorcidos de placer. Alguien llama a mi puerta.

—¡Hola! ¿Puedo pasar? —Es Rodrigo, mi hermano.

—Claro.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada. Nada importante; siéntate.

Este hombrecito viene a conversar conmigo. Más o menos sé qué quiere. Se parece a mí, dicen. Sería bueno estar seguro de ello, para verme físicamente.

—¿Te vas a Europa o no? —me pregunta.

—No. Me quedo aquí.

—Díceselo a mamá.

Por suerte este tipo es franco. Tiene en sus manos los poemas de Walter von der Vogelweide. *Tandaradei*. ¡Qué cara pondría si se lo quitara y le leyera un poema! Pero no. No es necesario hostilizar a nadie.

—Con mamá no son necesarias las explica-

ciones. Nuestro lenguaje es más claro. Ha sabido siempre que no me voy a ir a Europa. Antes de saberlo yo mismo, ella se preparaba para mi decisión.

—Espero que lo que estás haciendo te sea provechoso.

La voz de mi padre. Igual. Y sus propias palabras. La herencia. Mendel. Pero en este caso se trata más de Pavlov: es un reflejo condicionado.

—Gracias —digo.

—Tengo que irme. ¿Puedo contar que te quedas en Chile?

—Por supuesto.

Es perfectamente lógico lo que me ha pedido, No sé por qué no lo he hecho yo mismo. Se me habrá olvidado, supongo. Rodrigo se ha ido. Su cigarrillo mal apagado es lo único que queda de él. Y un poco de pena porque no puedo ser su amigo ni tampoco su enemigo. Amor fraternal.

Es hora de irse a cenar donde Alain.

La calle obscura. Falta una ampolleta eléctrica. Poca gente. Árboles húmedos, chorreando la lluvia de anoche. Caminar. El humo del tubo de escape de los automóviles se queda congelado. Los vehículos transitan como en la punta de los pies sobre el pavimento mojado. Temen resbalar. Comprar más cigarrillos.

—¡ Taxi!

Cuesta introducirse a estos artefactos.

—No golpee tan fuerte la puerta, señor —me dice el chofer.

—Arréglela entonces, pues, hombre. Vamos a la Plaza Italia. Cierre su ventanilla, que hace frío. Gracias.

Braquicéfalo semiobeso. Preferible haber caminado. Subproducto burgués. Pequeño capitalista. Tendrá que ganarse la vida, supongo. Otro cigarrillo. Pésimo gusto en la boca. Por suerte es temprano. Podré tratar de conversar con Alain. O discutir. Es lo único que hacemos desde hace un tiempo a esta parte. Hemos cambiado. Ya no me *epata*. Este tipo se va a pasar.

—Pare en la próxima cuadra, por favor.

No debí haber dicho “por favor”.

* * *

Alain no ha llegado aún. Carmen está más hermosa que nunca. La noto inquieta.

—¿Qué le pasa, Carmen?

Sonríe. No quiere decirme. Estas cosas no deben preguntarse así.

—Nada —responde desde sus sonrisas.

Hablar de otras cosas. Harto. Preguntar estupideces. Desdoblarse. Ser otro: el individuo

social, pero a medias. ¡Oh! Estoy aburrido de lo mismo. El niño llora. Mirada significativa. Para subir a averiguar.

—Vaya no más, Carmen. Leeré el diario mientras tanto.

Otra vez solo. ¡Por suerte!

Algunos meses atrás, Termópilas estaba sentado frente a mí, conversando con Carmen. Estaría pensando en Hexe. Y después nos fuimos a un café de Alameda a conversar de Soledad. Menos mal que todo esto resultó insignificante para Anteojos. Quizás haya pasado una etapa de aislamiento en que habrá tenido la impresión de que nunca le irá a ocurrir volver a tener confianza en alguien. ¡Cómo me odiará! No obstante, existe la seguridad en mí de que he estado en lo cierto, que por lo demás no excluye la duda implícita de haber procedido mal. En aquel entonces, por debajo de la piel de Hexe, más abajo, se enroscaba, quizás, la criatura como un resorte próximo a estallar.

El recuerdo de todo esto, interrumpido por la entrada de Rodrigo y mi viaje a casa de Alain, vuelve a mí, con el frío. Mis pies sobre el parquet son el conductor de este invierno interminable.

* * *

Hexe está desesperada. Y soy incapaz de decirle alguna palabra o hacer un gesto que la ayude. Siento ternura por ella. Una ternura inmensa que va creciendo instante a instante. Tengo deseos de acariciarla. Me acerco.

Su pelo está lacio. Mientras lo acaricio, no siento el placer que esperaba. Me mira, como tratando de disipar su pena. Está un poco sorprendida. Yo también. Algo desde mi interior, que conozco muy bien, ha comenzado a determinar mis actos. Sé que no podré detenerme. Acabo de descubrir una faceta de mi sensualidad que, aunque siempre me había llevado a sentir una especie de ternura por las mujeres encintas, no sospechaba que me arrastraría a desear a Hexe porque se encuentra así.

Siempre, siempre que soñamos algo a pesar nuestro, ese sueño se cumple y la realidad supera a la fantasía.

* * *

Alain no ha cambiado su sonrisa estereotipada. Quiere ser simpático conmigo. Toda esta gente ha estado tan lejos de mí, en el momento que más necesitaba su compañía, que ahora perciben mi ausencia inevitablemente. El ser humano es vengativo porque tiene me-

moria. Y los animales domésticos, porque viven muy cerca nuestro.

—Lo noto más tranquilo hoy día. ¿Por qué no nos ha venido a ver últimamente? —me dice.

—Cada día estoy más tranquilo, Alain.

Imbécil. “Lo noto más tranquilo hoy día.” Es mejor guardar silencio. Decir algo es como hablar de nuestras propias poesías. No se escriben versos para hablar sobre ellos. El está más inconfortable que yo. Ahora es él quien necesita a alguien. No estoy para nadie. Que se reviente solo, como todos los personajes de cartón piedra. Ese es el destino de los decorados de Hollywood: engañar a los niños y después podrirse en un *set*, apenas comienza la humedad. ¿Por qué habré venido? No nos resignamos jamás de haber perdido un buen amigo.

Silencio.

Al día siguiente de haber transformado la ayuda que Hexe me pidió en eso otro, vino a verlo. Tomó su aire doctoral:

—No se meta en enredos, mi amigo. ¿Acaso Hexe no es mayor de edad?... A lo sumo déle dinero y punto.

“A lo sumo déle dinero y punto.” Y yo que perdí mi tiempo *pensando* en sus palabras. Mientras tanto, Hexe llegaba al límite de su

desesperación. Me esperaba hasta el último segundo —estoy seguro— para que le trajese ayuda. Esa ayuda que yo había transformado en un acto animal la tarde anterior, cuando aún era tiempo.

Y exactamente como ahora, después de haber conversado con Alain, me fui a casa sin haber resuelto nada. Y tuve el coraje de leer porque no tenía sueño. A las ocho de la mañana me despierta Rodrigo:

—¡Tu amiga Hexe amaneció muerta! ¡Levántate, te dejó una carta!

Y después la autopsia. La pesadilla de los interrogatorios. Leonidas llorando no por la pena de ver a Hexe muerta, sino por haber perdido un amigo. “El amigo que se acostaba con mi amante.” Mi madre llorando sin querer creer en la canallada de su hijo.

* * *

—¿Cómo le ha ido en el Juzgado? Espero que haya terminado todo el asunto —me dice Alain.

¿Qué le digo? ¡Qué lástima no poder encontrar algo hiriente!

—Sí, por supuesto que se solucionó “el asunto”, como usted lo llama...

—Es... por darle... un nombre... —me interrumpe.

—Es cuestión de precios el terminar “un asunto” como ése. Cuando una niña se toma un frasco de barbitúricos y al hacerle la autopsia se le encuentra, aparte de sus vísceras, un objeto extraño, un feto . . . , es cuestión de buscarse unos buenos abogados y, sobre todo, dinero para evitar la publicidad. Eso es muy importante; nuestros padres siempre tendrán dinero para evitar la mala publicidad. Es claro que cuando se ha embarazado a la niña, en cualquier sentido —esto no sé por qué lo digo así—, y no somos capaces de decidir lo que evitará su muerte, “el asunto” realmente no tiene solución. ¡Usted es una mierda, Alain! Le falta mucho para ser hombre . . .

Está rojo. El verdadero canalla soy yo. ¿Qué hice cuando ella me contó su problema? Acostarme y perder la conciencia gracias a la voluptuosidad que su desesperación me ofreció. Y antes de eso, proponerle indignidades. ¡Qué asco! Después, cuando ya todo era inútil, aparecer como el responsable. ¡Me sentía tan hombre mientras le mentía al juez! Ahora, culpar a los demás porque no fueron capaces de darme una respuesta que ni siquiera hubiese tenido en cuenta . . . Porque lo que buscaba no era una solución —ésta estaba en mí y fui un cobarde por no adoptarla—, sino que buscaba dilatar el tiempo de la decisión.

No resisto más.

—Hasta luego, Alain.

—¡Pero si usted está invitado a comer!...

—Debo irme. Adiós.

La calle con vida propia. Hará frío esta noche. Caminar hasta encontrar la lluvia que lo lavará todo.

FIN

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS

LA NOCHE EN EL CAMINO,
por Luis Durand.

LA BRECHA,
por Mercedes Valdivieso.

100 GOTAS DE SANGRE Y 200 DE SUDOR,
por Carlos Droguett.

LOS PINCHEIRA,
por Magdalena Petit.

PASIONES HUMANAS,
por Frank Yerby.

EL CASTILLO SOBRE LA ARENA,
por Jan Valtin.

SERVIDUMBRE HUMANA,
por William Somerset Maugham.

PACHA PULAI,
por Hugo Silva (Julio César).

AMASIJO,
por Marta Brunet.

LA CAMARA y CHARCA EN LA SELVA,
por Fernando Santiván.

MONICA SANDERS,
por Salvador Reyes.

EL PRINCIPE Y LAS OVEJAS,
por Enrique Lafourcade.

LOS DIAS MEJORES,
por John Dos Passos.

HIJO DE LADRON,
por Manuel Rojas.

VIENTO DE MALLINES,
por Mariano Latorre.

PAISAJES Y GENTES DE CHILE,
por Luis Durand.

EL CAMINO DE LA BALLENA,
por Francisco Coloane.

AL FILO DE LA TRISTEZA,
por Edwin O'Connor.

¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO?,
por María Flora Yáñez.

